

6. Conclusiones

Sin tener en cuenta el contexto histórico no se puede entender y valorar la participación de los católicos en el movimiento obrero de Barcelona durante el franquismo y la primera transición. Los obreros, que se reconocían a sí mismos como católicos, vivieron en un contexto político y eclesial muy alejado de los intereses de la clase obrera que fue la gran derrotada en la guerra civil española. Es, por tanto, necesario recordar, aunque sea obvio repetirlo, que estos militantes tenían un referente ideológico muy alejado de lo que representaba el movimiento obrero catalán y español. Sólo así se puede entender la importancia de la participación de los militantes católicos obreros para que el contexto histórico de la España de 1978 no se pareciera en nada al que durante todo el siglo XIX y casi todo el XX había caracterizado las relaciones Iglesia-Estado en España y la repercusión que había tenido en la sociedad española el hecho religioso.

Si bien es cierto que la Iglesia como institución siempre se mantuvo fiel al régimen, se debe reconocer que una buena parte de la jerarquía se distanció de la dictadura en sus años finales. ¿Oportunismo político? ¿Conciencia sincera de que había que cambiar? ¿Necesidad estratégica de hacer este cambio? Fuese por las razones que fuese, la realidad es que no toda la jerarquía participaba de este distanciamiento de la dictadura. Una muestra de la situación del final del franquismo es que a la vez que se producía el discurso laudatorio del que fuera arzobispo de Barcelona, Marcelo González Martín, con motivo de la muerte de Franco, aparecían unas insólitas pintadas -*Tarancón al paredón*- dedicadas a un cardenal que se había distinguido por su moderación. Es por tanto, conveniente matizar la evolución de la cúpula de la Iglesia hacia un sistema democrático, no para minusvalorar su contribución al advenimiento de la democracia, pero sí para matizarlo o incluso relativizarlo.

Los militantes obreros cristianos que se entrevistaron con los arzobispos de la diócesis de Barcelona para pedirles solidaridad en momentos difíciles, no siempre fueron atendidos satisfactoriamente. Por ello, es necesario advertir, que buena parte de los pronunciamientos públicos de la jerarquía o de parte de ella, se realizaron cuando la presión de los militantes y del clero local era ya un clamor. En mi opinión, los tres arzobispos de la diócesis de Barcelona, no tuvieron idéntica actitud respecto del movimiento obrero, pero tampoco Narcís Jubany, considerado el más progresista, se distinguió por una defensa clara y enérgica de las demandas de los trabajadores. Sólo al final del régimen franquista se produjeron declaraciones en extremo prudentes, cuando, en términos eclesiásticos, la prudencia puede convertirse en *pecado de omisión*. A pesar de esta extrema prudencia, hay

que remarcar que, debido a la posición de la Iglesia respecto del régimen, las declaraciones públicas de la jerarquía contribuyeron a deslegitimar la dictadura franquista.

En un período tan largo de tiempo como el que aquí se abarca, hay que resaltar 1966 como un momento especialmente importante por la constitución de la Conferencia Episcopal Española y porque los movimientos apostólicos obreros están inmersos en una profunda e irreversible crisis motivada, fundamentalmente, por el control que la jerarquía quiere ejercer sobre ellos. Una jerarquía encabezada por el sector que no había asumido los postulados renovadores del Concilio Vaticano II. Morcillo y Guerra Campos fue el binomio que acabó prácticamente con la fuerza y el arraigo que hasta ese momento habían tenido los movimientos apostólicos en España. Es cierto que en la diócesis de Barcelona el alcance de la crisis fue menor, pero esto no impidió que los militantes obreros católicos también quedaran afectados por la crisis general. A partir de la segunda mitad de los años sesenta, tanto la JOC como la HOAC, ya no tuvieron el esplendor de finales de los años cincuenta y primeros sesenta. La ACO, que se limitaba al marco de la diócesis de Barcelona y que prácticamente era ignorada por la jerarquía, no tuvo demasiados problemas para seguir su propio camino, a pesar de la convulsión que se produjo en la diócesis de Barcelona con el nombramiento de Marcelo González Martín, en 1966.

Con anterioridad a este momento, durante los años cuarenta, proliferaron todo tipo de actos públicos de contenido religioso con el que el régimen franquista se esforzaba por aparecer ante la opinión pública internacional como un gobierno católico y anticomunista en el que se podía confiar. Desde 1948, en el que Joaquín Ruiz Giménez inició las negociaciones del Concordato, hasta que éste se firmó en 1953, se produjeron tensiones y conflictos entre la Iglesia institucional y el régimen que, aunque nunca se cuestionaron mutuamente, sí que retardaron la escenificación de la alianza entre el régimen y la jerarquía. Fue un trueque en el que se intercambiaron privilegios a cambio de bendiciones y en el mismo momento en el que la primera potencia de Occidente, Estados Unidos de América, firmó el tratado de Madrid con el gobierno español. El régimen obtenía así, no sólo la bendición de una Papa como Pío XII, figura cuando menos controvertida por su posición política durante la II Guerra Mundial, sino la bendición de los grandes poderes económicos y políticos occidentales representados, en este caso, por los EEUU.

No obstante, el Concordato también se convirtió en un instrumento que sirvió a los sectores católicos progresistas para dar cobertura a los recientes movimientos de oposición sindical y política. El derecho que adquiría la Iglesia de actuar con entera libertad favoreció la creación y desarrollo de los movimientos apostólicos y el derecho de asilo fue invocado en más de

una ocasión para justificar la acogida a los trabajadores que se encerraban o se reunían en las iglesias o en sus locales parroquiales. Aunque este derecho no siempre fue respetado por algunos miembros de la jerarquía entre los cuales cabe destacar al arzobispo de Barcelona, Marcelo González Martín que, en varias ocasiones, autorizó la entrada de la policía en las iglesias para desalojar y detener a los trabajadores allí refugiados.

En este contexto histórico, anterior a la segunda mitad de los años sesenta, la pastoral de la diócesis de Barcelona llegaba con dificultad a una población creciente en las áreas urbanas de Barcelona muy alejadas de la Iglesia, mientras que en las áreas rurales, la Iglesia ejercía un control total sobre la sociedad. Fueron años de hegemonía total de la Iglesia en el plano cultural, moral y educativo en los que la ciudadanía tenía como norma aparentar ser fiel a la Iglesia para no ser calificado como *del bando de los rojos*, de los que habían perdido la guerra. Era una sociedad sumida en un dualismo maniqueo que, como decía José Chao Rego, oscureció la inteligencia y agrió los corazones de los fieles. Los primeros grupos de Acción Católica, que se ubicaban en las parroquias y eran los encargados de conquistar el mundo de los seglares, se fueron distanciando del grueso de los fieles como consecuencia de esta línea pastoral marcada por la jerarquía española. A partir de la firma del Concordato empezaron a visualizarse algunas posiciones de cualificados intelectuales católicos y grupos de feligreses que querían vivir la fe de una manera diferente a la parafernalia del culto católico en la que las autoridades civiles y eclesiásticas aparecían públicamente unidas.

En la diócesis de Catalunya, los primeros años cincuenta están marcados por la celebración del Congreso Eucarístico y por la aparición pública de los primeros grupos católicos que se distancian paulatinamente del nacional catolicismo. Instituciones como el ICESB o publicaciones como *Qüestions* de vida cristiana o el *El Ciervo* son representativas de estos grupos de católicos que, a mi juicio, son -aunque su progresismo se ha relativizado recientemente- ejemplos de que en Catalunya se seguía un proceso no del todo equiparable al del resto de España. En la segunda mitad de los años cincuenta, aparecen también las primeras manifestaciones públicas del episcopado español haciéndose eco de la situación social de las clases sociales menos privilegiadas. Son meras declaraciones que nunca cuestionaron la legitimidad del régimen y sólo pretendían, en el mejor de los casos, despertar la conciencia de los católicos más sensibles a las cuestiones sociales. Pero siempre que los movimientos apostólicos obreros u otros sectores progresistas se salían de la ortodoxia marcada por el régimen franquista, los obispos acababan decantándose por el gobierno. Y, en el caso de que su crítica se sustentara en hechos objetivables, siempre procuraban dejar claro que las autoridades franquistas hacían todo lo posible para remediar la situación de los más desfavorecidos. Prácticamente, los únicos que realmente se

preocupaban de esta realidad social eran los movimientos apostólicos obreros, la JOC y la HOAC que ya llevaban más de una década de existencia y la ACO, que aunque todavía no estaba del todo desarrollada, también se insertó en esta misma realidad social.

Me identifico con aquellos que creen que el mayor disgusto de Franco en esta vida fue el Concilio Vaticano II, junto con la figura de su inspirador Juan XXIII y la tarea continuadora del Papa Pablo VI, ambos críticos de la manera de actuar del dictador. No era para menos, en la Iglesia de los primeros años del régimen aparecen ya dos concepciones diferentes sobre lo que debía ser la misma institución y aparecen las primeras manifestaciones públicas del clero, sobre todo del catalán y del vasco, que cuestionan la legitimidad del régimen. Si a este panorama se añaden los roces de algunos miembros de la jerarquía con el ministro José Solís a propósito de cómo se realizaban las elecciones sindicales en España, no cabe duda que Franco empezara a manifestar públicamente sus discrepancias con la forma de actuar de algunos sectores de la Iglesia a la que su régimen había concedido tantos privilegios.

Comparto la opinión de Hilari Raguer sobre la repercusión que tuvo en España y en Catalunya el Concilio Vaticano II en el sentido de que éste acabó siendo una auténtica bomba de profundidad que dinamitó los pilares ideológicos del régimen. A partir del Concilio, y aunque fuera de un modo moderado, cada vez fueron más numerosos los sectores católicos que se opusieron a la dictadura. No es menos cierto también que los movimientos apostólicos obreros se apoyaron en las encíclicas papales para criticar las injusticias del régimen. Por esta razón no es de extrañar que, cuando tanto las autoridades del régimen como las autoridades eclesiásticas fueron conscientes de la fuerza que iba adquiriendo el nuevo movimiento obrero y como los movimientos apostólicos obreros habían contribuido a ese fortalecimiento, cortaran de raíz todo este proceso, ilegalizando, por parte gubernativa, a Comisiones Obreras y, por parte eclesiástica, descabezando a los movimientos apostólicos que mejor entendieron el significado y las enseñanzas del Concilio Vaticano II. En ambas instituciones había un instinto permanente de conservar el poder a costa de lo que fuese. Si esa actitud es *normal* en política, es perniciosa respecto de los principios del Evangelio que son los que, teóricamente, debían guiar a la Iglesia institucional, fundamentalmente a su jerarquía que era la que debía dar ejemplo.

De hecho se produjo una cierta dualidad en la Iglesia institucional de la diócesis de Barcelona. Por una parte el arzobispado y por otra toda una serie de párrocos y vicarios que en sus parroquias potenciaron los grupos y movimientos que estaban en consonancia con los principios del Evangelio. Esta dualidad se percibió aún de forma clara en la segunda

mitad de los años sesenta cuando muchas parroquias cedieron sus locales parroquiales a los trabajadores más comprometidos con el movimiento obrero. Muchas de las secularizaciones que se produjeron a finales de los años sesenta y principios de los setenta tienen su raíz en esta falta de entendimiento entre la cúpula de la Iglesia institucional y el clero local mucho más apegado a la realidad social de su entorno que, al igual que muchos militantes, acabaron abandonando la Iglesia e incluso, algunos la fe.

En el interior de la Iglesia coexistían tres mundos diferenciados. Una Iglesia de base que no era tenida en cuenta, un clero local que atendía a esta Iglesia de base, que en ocasiones era escuchado por la jerarquía pero que, en la mayoría de las veces, tampoco era tenido en cuenta y una jerarquía muy celosa de su poder y reticente a cualquier cambio que proviniera de la base. Mención especial merece el papel jugado por Montserrat que se convirtió, no sólo en un símbolo para el conjunto del país -que ya lo era- sino en el refugio y apoyo de la oposición democrática entre los cuales se encontraban especialmente las organizaciones del movimiento obrero.

El cambio en la cúpula de la Iglesia española a finales de los años sesenta significó un cambio de largo alcance. Vicente Tarancón, al frente de la Conferencia Episcopal Española, significó un giro en la cúpula de la Iglesia que tuvo la habilidad de llevar a la Iglesia a la transición con una imagen social muy diferente de la que tenía hasta esos momentos. La política Vaticana, con el nombramiento de obispos auxiliares y la dirección de Tarancón hicieron posible un grado mínimo de apertura de la Iglesia española que, aunque ya no fue capaz de recuperar a los movimientos apostólicos obreros, como la JOC o la HOAC, al menos tuvo un talante más abierto y dialogante. Igualmente se puede decir respecto de la Iglesia catalana con el nombramiento de Narcís Jubany al inicio de los años setenta. Poco a poco, la jerarquía se fue distanciando del régimen y aproximándose a la oposición democrática, aunque recelando de toda oposición que proviniera de la izquierda marxista. Alfonso Comín y Joan García-Nieto, ejemplo de católicos y comunistas, conocieron de forma directa las dificultades del reconocimiento de la pluralidad política de los cristianos por parte de la jerarquía.

En los primeros años setenta, se evidencia cada vez más la decadencia del régimen franquista y el distanciamiento de la Iglesia católica española que se puede ejemplificar en la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes y en la publicación de dos documentos que molestaron seriamente al régimen, *Orientaciones Pastorales sobre el Apostolado Seglar* de 1972 e *Iglesia y Comunidad Política* de 1973. Estos documentos pastorales y las declaraciones de algunos obispos como las de Añoveros, llegaron al borde de la ruptura

entre un régimen seriamente en crisis, agudizada por el asesinato de Carrero Blanco, y una Iglesia que no deseaba aparecer ligada al régimen en su años finales. A partir de estos momentos, la Curia Vaticana empieza a frenar el empuje de los sectores progresistas más comprometidos con la realidad social y política del régimen franquista. El Vaticano tenía un límite y los acuerdos de la Asamblea Conjunta fueron debidamente mediatizados por posteriores declaraciones vaticanas.

El mayor dinamismo de la diócesis de Barcelona, regida por Narcís Jubany también tenía su límite. Ya no ejercía la autoridad de un forma unilateral sino que procuraba dialogar con párrocos y vicarios. Como afirmaba, Oleguer Bellavista i Bou, ya se acabaron los sobres azules que le indicaban al sacerdote a donde iba destinado sin que este pudiera decir nada al respecto. Se potenció la participación de los seglares, pero se limitaba su participación a ser escuchados, negándoles el voto y limitando de este modo su capacidad de decisión. A pesar de esta mayor apertura, el número de secularizaciones fue imparable. La Iglesia institucional se quedaba sin una parte importante de su clero, el más comprometido en la problemática social y política.

Uno de los aspectos más positivos que se puso de relieve de una manera clara en la transición fue la evolución de los partidos políticos respecto a la cuestión religiosa. El anticlericalismo fue desapareciendo del discurso político de los partidos de izquierda, fundamentalmente del PSOE y del PCE y, por otra parte, la Iglesia institucional aceptó el sistema democrático -aunque con la habilidad necesaria para obtener unos acuerdos ventajosos entre el Estado español y el Vaticano que no acababan de separar las dos instituciones- Aún hoy, casi treinta años después de aprobarse la Constitución de 1978, hay contradicciones entre ésta y los acuerdos de la Iglesia y el Estado español de 1977.

Otro aspecto que es digno de resaltar fue el fracaso absoluto de los partidos políticos demócrata cristianos en las elecciones de 1977 y su práctica desaparición. Ni en el plano político ni en el sindical, la Iglesia alcanzó el objetivo de que en España hubiera partidos o sindicatos confesionales similares a los que ya existían en otros países europeos. No hubo formaciones confesionales, el anticlericalismo desapareció de la izquierda y, paradójicamente, apareció un anticlericalismo visceral, en las formaciones de extrema derecha heredera directa del franquismo. El acercamiento de la Iglesia a la sociedad civil, a la que contribuyeron los movimientos apostólicos obreros, junto a la evolución política de la sociedad española, favoreció una transición que, por lo que respecta al hecho religioso, no tuvo excesivos problemas. Esta cuestión es muy relevante si pensamos que, en la época contemporánea, se produjeron cuatro guerras civiles donde el factor religioso tuvo un papel

considerable. De ahí la importancia de que este factor no entorpeciera el proceso de la transición a la democracia parlamentaria española. Llegar en estas condiciones a este momento histórico no fue fácil ni se produjo de forma espontánea, hubo una oposición obrera al régimen franquista y unos movimientos apostólicos obreros y otros grupos cristianos que lo hicieron posible.

Vista la composición de la jerarquía católica española de los primeros años de la dictadura no es de extrañar que ya, en los años cincuenta, salieran a luz pública, aunque de forma moderada, otras formas de concebir la Iglesia y otras formas de vivir la fe. El hecho mismo del procedimiento de nombramiento de los obispos propiciaba que éstos fuesen más fieles al régimen que a la institución a la que pertenecían. Por este motivo y por la incompetencia pastoral y teológica de muchos de ellos, cada vez era menor la autoridad moral que podían ejercer sobre una parte del clero y de los fieles. Por eso, no creo desacertado hablar de dos maneras diferentes de concebir una sola institución, porque es cierto que, a pesar de la distancia tan considerable que existía entre unos sectores y otros, nunca hubo por parte de los movimientos más contestatarios la idea de crear una Iglesia paralela. Su trabajo estuvo encaminado a cambiar la Iglesia desde dentro y cuando eso ya no fue posible optaron por vivir la fe al margen de la Iglesia institucional. Podemos decir que en los últimos años del franquismo y la transición se produjo una ignorancia mutua. Las Comunidades Cristianas Populares o Cristianos por el Socialismo, son un buen ejemplo de católicos que quisieron seguir compartiendo su fe pero que no se encontraban a gusto en una Iglesia institucional que conservaba tics autoritarios y posiciones en el terreno de la moral muy alejados de lo que muchos creyentes opinaban, considerando a su vez que la Iglesia no era suficientemente crítica con el sistema económico y político que condenaba a la inmensa mayoría de la humanidad al hambre y a las injusticias. Es verdad que se promulgaron encíclicas que contenían aspectos positivos, pero en la realidad práctica, la jerarquía no se enfrentó a los poderes terrenales como exigiría una concepción determinada del Evangelio. En esta visión dual de la Iglesia también se ha de tener en cuenta a un sector minoritario del clero que se mantuvo fiel a su conciencia dentro de la Iglesia institucional en un difícil y costoso equilibrio.

Gracias a la estrecha colaboración que se produjo entre los militantes creyentes y no creyentes en el campo sindical y político se produjo un enriquecimiento mutuo que contribuyó de manera decisiva a la normalización política de este país en momentos decisivos de su historia como fue el de la transición. A finales de los años cincuenta, los estudios sobre el comportamiento religioso de los trabajadores daban unas cifras que mostraban el alejamiento de éstos respecto de la Iglesia y como todavía el anticlericalismo

estaba inmerso en sus conciencias. Fue precisamente la labor de los movimientos apostólicos obreros los que fueron transformando estas actitudes hacia otras de mayor respeto y colaboración. Las masas trabajadoras no se convirtieron al catolicismo, pero su actitud estaba muy lejos de episodios de anteriores épocas como las quemaduras de iglesias y conventos. En no pocas ocasiones los trabajadores fueron acogidos en las iglesias y en los locales parroquiales para que se pudieran reunir y organizar. La distancia entre una y otra realidad es abismal y el mérito es el resultado natural del conocimiento mutuo y de la colaboración en la práctica cotidiana en la resolución de problemas que les afectaban a todos. Esta colaboración generó confianza y comprensión y esto, a su vez, generó más colaboración. No es sorprendente que destacados líderes sindicales, hayan explicitado su reconocimiento público a la labor desarrollada por estos sectores de la Iglesia en la reconstrucción del movimiento obrero en España.

La jerarquía española de los primeros lustros de la dictadura predicó la obediencia, la humildad, entendida como sumisión a la autoridad eclesial y política, el sacrificio, el patriotismo, la defensa de la religión y la caridad, no entendida como sinónimo de justicia, sino como beneficencia. La Iglesia tenía una pastoral conservadora que siempre se mantuvo de espaldas a lo que en las encíclicas papales había de apertura y de modernidad. Para muchos miembros de la jerarquía española es como si no hubiese existido la *Mater et Magistra*. También es preciso afirmar que una buena parte de la jerarquía española tampoco fue muy receptiva con los movimientos apostólicos obreros ni tan solo cuando estos todavía no se habían consolidado y se habían implicado en las acciones del movimiento obrero. Antes de la crisis de 1966 ya había recelos y desconfianza hacia este tipo de movimientos que, para algunos miembros de la jerarquía, eran realmente molestos y de ahí, que, en cuanto pudieron, marginaron a personajes tan emblemáticos como Guillermo Roviro y Tomás Malagón, ambos destacados miembros de la HOAC.

Más adelante tampoco variaron las cosas de fondo. Recuérdese la intervención de Tarancón en Santiago de Compostela los días 23 y 24 de Julio de 1965 cuando era arzobispo de Oviedo, llamando la atención sobre la ideología de los movimientos apostólicos y sobre la participación de destacados militantes en organizaciones clandestinas así como del apoyo de muchos consiliarios a sus actividades. Si esta era la apreciación de un miembro de la jerarquía considerado como liberal en los ambientes eclesiales, se pueden intuir las apreciaciones de los obispos más recalcitrantes del episcopado español. En esta reunión se habló claramente de desviaciones peligrosas y se tomó la firme decisión de atajarlas. Así fue como nació la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (CEAS) presidida por el obispo consiliario de Acción Católica, José Guerra Campos que junto con Casimiro Morcillo,

pretendieron controlar a los movimientos apostólicos obreros acusándolos de temporalismo. Se suprimieron publicaciones, se provocó la dimisión de numerosos dirigentes y se le señaló la puerta de salida a todo aquel militante que no mostrara una clara obediencia a la jerarquía. Es oportuno recordar que esta ofensiva de la cúpula eclesial española es coincidente en el tiempo con la ofensiva represiva del régimen franquista contra Comisiones Obreras ¿Pura coincidencia? En realidad, es una prueba de la connivencia que existía entre el régimen dictatorial y la cúpula de la Iglesia católica española. La consecuencia de esta ofensiva eclesial fue el abandono de la Iglesia de muchos militantes obreros católicos que para buena parte de ellos significó el abandono de la fe, dedicándose posteriormente de manera exclusiva a su militancia sindical y política. ¿Se abandonaba la fe por que sólo obedecía a una inercia cultural poco arraigada en la vivencia personal del militante? ¿Por qué se acababa cansado de tanto luchar contra la institución eclesial que tan poco caso hizo de los movimientos apostólicos y comunidades cristianas? Las respuestas a estos y otros interrogantes son múltiples y cada militante evoca justificaciones diferentes. Es importante poner de manifiesto que la mayoría de los activistas siguieron con su compromiso temporal y que todos reconocen explícitamente la importancia de la fe religiosa –o del movimiento apostólico en el que militaban- en el inicio de ese compromiso temporal.

La jerarquía de la diócesis de Barcelona, hasta bien entrada la década de los años cincuenta, evolucionó de forma muy similar a como lo había hecho la jerarquía española. El arzobispo Gregorio Modrego Casaus ocupó la sede episcopal de Barcelona de 1942 a 1967 y siempre mostró su fidelidad al régimen y también fue miembro de las Cortes franquistas. Visceralmente anticomunista, era muy amigo de las grandes celebraciones y de ahí que su mayor éxito fuese el que se celebrase en Barcelona el XXXV Congreso Eucarístico. Tenía una concepción jerárquica profundamente arraigada y por esa razón siempre exhortó a los miembros de la Acción Católica al sometimiento y control de la jerarquía. Por otra parte, su fidelidad al régimen, llegó hasta el extremo de consultar al gobernador civil de Barcelona, antes de tomar una decisión que tuviera que ver con la sociedad civil.

El gran crecimiento de la población le obligó a crear parroquias que carecían de locales y a tener que afrontar, al final de su mandato, unas fuertes tensiones con el clero que cedía los espacios de la parroquia para la celebración de reuniones clandestinas. La posición enérgica y firme del clero que estaba relacionado con el mundo obrero, le obligó, de hecho, a no prohibir la cesión de los locales. Tampoco fueron fluidas sus relaciones con los movimientos apostólicos obreros a los que siempre trató con recelo y desconfianza, todo lo contrario de la posición de Ramon Torrella, que fue Consiliario Nacional de la JOC en los primeros años sesenta, aunque esta posición fue cambiando a partir de que fue nombrado

obispo auxiliar durante el mandato de Marcelo González Martín. El final del mandato de Modrego fue desolador para sus aspiraciones de ser nombrado cardenal. Los problemas de la diócesis le desbordaron y, al final, ni el Vaticano ni el régimen franquista reconocieron su fidelidad.

El mandato de Marcelo González Martín, desde su nombramiento en 1966 hasta el final en 1971, fue controvertido. Un sector de la Iglesia de la diócesis de Barcelona lo rechazó desde un inicio y otro se alegró de su nombramiento. Esta dualidad de opiniones en la feligresía, más su carácter hosco y distante, hicieron que su mandato al frente del arzobispado de Barcelona, se convirtiera en un período anodino y sin demasiada trascendencia, aunque es recordado por muchos militantes obreros católicos de una forma unánimemente negativa por su decantamiento a favor de las autoridades del régimen ante la creciente conflictividad laboral que se produjo en Barcelona mientras que él estuvo al frente de la diócesis. Sus relaciones con buena parte del clero tampoco fueron fluidas y algunos llegaron a afirmar que era más fácil reunirse con el Nuncio Luigi Dadaglio que con su obispo Marcelo González. Ni los nombramientos de obispos auxiliares, más acorde con la sensibilidad de muchos fieles de la diócesis, consiguieron paliar la animadversión de una buena parte de los feligreses hacia este prelado.

Las relaciones con los movimientos apostólicos y otros cristianos como los de las Comunidades Cristianas Populares no fueron nada fáciles. Se estableció, lo que se podía llamar, como un diálogo de sordos que sólo sirvió para que estos grupos se experimentaran en la dinámica de reflexión-acción, muy característica de estos movimientos y que constituyó una de sus mejores aportaciones a la lucha obrera. No se puede ocultar que la intervención del militante cristiano en el seno de la organización, comité, asociación o similar estaba impregnada de este espíritu de análisis riguroso y sereno de la realidad, reflexión sobre esta misma realidad a la luz del Evangelio y propuestas de acción para solucionar los problemas. Es indudable que esta práctica cotidiana fue una aportación cualitativamente importante para el movimiento obrero que aprovechó esta experiencia de los militantes obreros católicos.

El nombramiento en la diócesis de Barcelona de Narcís Jubany -previamente obispo de Girona y obispo auxiliar de Barcelona- fue recibido con grandes esperanzas por buena parte de la feligresía. Era buen conocedor de la realidad de la Iglesia catalana y de la diócesis de Barcelona en unos momentos en el que la Iglesia se distanciaba paulatinamente del régimen. A pesar de un talante más abierto y dialogador que su predecesor, tampoco es especialmente valorado por aquellos militantes obreros cristianos que iban en busca de

pronunciamientos en favor de los trabajadores despedidos o en circunstancias difíciles. Aunque en el campo pastoral fue más sensible a la realidad nacional catalana, en el campo social no pasó de los límites de la prudencia en la que tan experta es la jerarquía. Fue ya en la transición cuando hizo declaraciones públicas a favor de los trabajadores y en momentos en que no eran respetados los derechos más elementales, como el derecho de manifestación. Su actitud frente a los movimientos apostólicos obreros y otros grupos cristianos como las Comunidades Populares o Cristianos por el Socialismo fueron de pura coexistencia cuando no de distanciamiento y frialdad. Ya en tiempos de la diócesis de Girona tuvo bastantes recelos respecto de la HOAC y aunque no se rompió el diálogo, tampoco hubo una comunicación fluida. A pesar de todo, es justo decir que se preocupó por la situación del paro e hizo algunas declaraciones públicas en defensa de los derechos de los trabajadores. En otros aspectos sociales, como los que afectaban a las situaciones conflictivas, sus posiciones fueron más conservadoras favoreciendo las posturas políticas más moderadas que por entonces se denominaban terceras vías. Su comportamiento en cuestiones sociales, evolucionó de manera paralela a la coyuntura política y de ahí que en la transición sus declaraciones fueran más críticas con los poderes públicos contrastando con su comportamiento en los últimos años de la dictadura.

Las parroquias de la diócesis de Barcelona durante el período de la dictadura y de la transición, no se pueden contemplar como si fueran un todo homogéneo, sino que había diferencias sustanciales tanto por lo que respecta a la composición sociológica de sus fieles como a la línea pastoral de sus párrocos y vicarios. Dentro de este mundo parroquial es preciso destacar la importancia que tuvo el clero que estuvo al frente de parroquias claramente comprometidas con el movimiento obrero aunque a ellos les costara serios enfrentamientos con la jerarquía. Fue de capital importancia, no sólo la cesión de los locales a las que ya se hecho referencia, sino la argumentación que utilizaban para justificar la cesión de los locales parroquiales a obreros comunistas. Esta experiencia de colaboración enriqueció a todos los que en ella participaron. Algunos militantes llegan a afirmar que su fe cambió en función de su vivencia con compañeros no creyentes y estos, a su vez, pudieron comprobar que la Iglesia no era la jerarquía, sino que había un sector del clero y unos compañeros católicos que se embarcaban en el mismo proyecto de recuperación de la democracia. Más de un militante confiesa conocer muchas parroquias no por el hecho de ser creyente, sino por el de participar en conflictos y poder contar con la ayuda de los rectores y vicarios de estas parroquias. A mi juicio, esta actitud del clero local, fue decisiva en el inicio y desarrollo de las Comisiones Obreras y en esta actitud abierta y solidaria del clero local hay que ver la labor de los militantes obreros católicos que participaban en Comisiones. Mirando retrospectivamente, algún rector parroquial no

disimula su emoción cuando recuerda la valentía de trabajadores, padres de familia numerosas, que iban a sus locales para organizarse, a pesar del riesgo que corrían. Como Comín y Juan García-Nieto decían, con todas estas experiencias, la fe de los militantes católicos se purificó.

A través de la lucha obrera se forjó un sector de Iglesia progresista que, en cierto modo, jugó un papel de suplencia de muchas de las actividades que se realizaban con normalidad en un sistema democrático. Por esta razón las personas y grupos que eran identificados como progresistas fueron atacados desde la prensa controlada por el régimen. En verdad, el espíritu del Concilio Vaticano II, que no había penetrado en la conciencia de muchos prelados, fue una plataforma a partir de la cual muchos cristianos vivieron la fe de una manera diferente a la oficial, de un modo tan diferente que alguien llegó a afirmar que era difícil ser cristiano en España. Esto también tuvo su lado negativo, si se mira bajo el punto de vista de que muchos creyentes, cansados de la manera de actuar de la Iglesia institucional, abandonaron, no sólo la Iglesia, sino la fe.

Los movimientos apostólicos obreros se beneficiaron de esta cultura religiosa progresista ayudándoles en la evolución de la fe y en su compromiso temporal. Fue una más de las contribuciones del catolicismo progresista al movimiento obrero. Las declaraciones, conferencias, cine-forum, editoriales, revistas, etc., crearon una atmósfera que revitalizó a los militantes obreros, que les dio argumentos para seguir adelante a pesar de las muchas dificultades por la que tuvieron que pasar. Mientras tanto, la jerarquía, incluso la que había tenido experiencias más próximas a los movimientos apostólicos obreros, cada vez se distanciaba más de este sector progresista de la Iglesia cuyo compromiso con las libertades y los derechos fundamentales era cada vez mayor.

Además del clero parroquial, hubo una serie de personalidades y de instituciones que, como el Monasterio de Montserrat, se convirtieron en un referente para la militancia obrera católica y los sectores progresistas de la Iglesia. Sin esta colaboración del clero y de los movimientos y grupos cristianos afines, no se hubiera producido una evolución tan importante como la que se produjo. Esta participación de los laicos en la Iglesia era más reconocida en las altas instancias vaticanas que en la propia cúpula eclesial española y catalana. En el III Congreso de Laicos de 1967 Pablo VI se dirigió a los asistentes para decirles que llevaran al mundo las energías que permitieran avanzar por los caminos del progreso, la libertad y para resolver los grandes problemas del hambre, la justicia y la paz. Ahí se encontraban valores fundamentales que guiaron la manera de actuar de los militantes

y que, de una u otra forma, fueron conformando todo ese mundo progresista que, pasadas más de tres décadas, aún son muy vigentes.

El debate entre los militantes de base se centraría en como hacer realidad esos objetivos y para ello había que participar en política y había que, como mínimo, reconocer que el pluralismo de opciones era una realidad y que no se podían poner límites a ese pluralismo. Esa fue una batalla muy dura entre la militancia católica más comprometida con la jerarquía que, en el fondo, nunca puso en cuestión el sistema capitalista y se limitó a criticar suavemente sus deficiencias. La aportación de los militantes obreros católicos y de los sectores progresistas en este campo fue muy importante porque impidió que el compromiso con el mundo se vehiculara a través de formaciones demócratas cristianas. Algunas de las Semanas Sociales que se celebraron durante la década de 1960, en las que participaban todos los estamentos de la Iglesia, pusieron de manifiesto como se potenciaba esta línea de pensamiento que intentaba mostrarse equidistante pero que, en el fondo rezumaba antimarxismo. No obstante también sirvió para que algunos ponentes, provenientes de los movimientos apostólicos obreros, defendieran la legitimidad de que los militantes obreros cristianos tuviesen diferentes compromisos temporales e insistieran en ideas como la participación de los trabajadores en la empresa y su capacitación. Tampoco faltaron voces procedentes de los sectores más jóvenes que preconizaron acudir a la clandestinidad si se quería llevar a la práctica la doctrina social de la Iglesia.

Las encíclicas fueron una referencia fundamental en el pensamiento de los militantes de los movimientos apostólicos obreros y de otros grupos cristianos afines. Las primeras encíclicas papales promulgadas en el siglo XIX y principios del XX por León XIII y Pío XI, fueron de carácter conservador, antisocialista y anticomunista y, en general, opuestas a todo aquello que significara modernidad, como por ejemplo el hecho de que la mujer trabajase. En estas encíclicas se justificaba la situación en la que los obreros vivían como si ello fuese el resultado de una Ley Natural por la que se justificaban las desigualdades sociales como si de un hecho biológico se tratase. Nunca se cuestionaron estar en la posesión absoluta de la verdad y de ahí que descalificase a todo aquello que no entrara en su peculiar manera de ver el mundo.

El cambio fundamental se produjo con los papas Juan XXXIII y Pablo VI. Juan XXXIII procura guardar una cierta equidistancia entre los sistemas socialista y capitalista y, más que criticar estos sistemas, lo que intenta es desarrollar un pensamiento propio que pueda iluminar la conciencia de los creyentes. No se arroga la verdad absoluta y siempre deja abiertas las puertas al diálogo manteniendo la última palabra a la Iglesia, es decir, a la

jerarquía. Pablo VI continuó en esta misma línea de apertura intentando adaptarse a los cambios que se estaban produciendo en el mundo y, aunque condenaba el comunismo por ateísmo, tampoco cerraba las puertas al diálogo y a la cooperación, porque se consideraba que una cosa eran las ideologías y otra los movimientos políticos y sociales concretos que iban evolucionando y a los que los militantes católicos debían incorporarse. Sus encíclicas evitaban un tono dogmático, considerándolas orientaciones que pudieran contrarrestar la fuerza del marxismo para atraerse a las masas obreras. Visto el espíritu con el que fueron escritas las encíclicas de Juan XXIII y Pablo VI no sorprende que fueran invocadas reiteradamente por los movimientos apostólicos obreros y otros grupos cristianos progresistas para dar mayor fuerza a sus denuncias y declaraciones críticas contra el régimen franquista que tenía a gala llamarse estado católico.

Es cierto que las encíclicas elevaron la conciencia social de los cristianos y le hicieron más sensible a las injusticias, pero también es cierto que hubo una evidente distancia entre lo que en ellas se decía y lo que en la práctica se llevaba a cabo. Es decir, no se produjo la debida coherencia entre teoría y práctica. Cada colectivo de la Iglesia interpretaba las encíclicas de una manera diferente. Para los movimientos apostólicos obreros, las encíclicas fueron un instrumento que supieron utilizar inteligentemente para denunciar las injusticias del sistema capitalista y del régimen franquista, así como para presionar a la jerarquía española y catalana para que llevara a cabo una pastoral más acorde con los principios que teóricamente afirmaba defender. Fue también un instrumento de formación de incalculable valor para los militantes porque se utilizaban sus textos para concienciar a los trabajadores sobre sus derechos utilizando el argumento de que éstos estaban legitimados por la misma Iglesia.

No obstante, había que estar encarnado en la realidad del mundo obrero para apreciar la distancia entre lo que la Iglesia decía y aquello que realmente hacía. Como afirmaba Losada, sacerdote vinculado al movimiento obrero, había muchos pensadores pero pocos encarnados en la realidad de la vida cotidiana de los trabajadores. De todas formas, es justo decir que si hubo pensadores, como Alfonso Comín o García-Nieto, que fueron una digna excepción y, desde el campo intelectual fueron un referente religioso, ético y político para muchos militantes que, a través de sus enseñanzas, aprendieron mucho sobre las encíclicas papales. Su aportación fundamental estribó en demostrar la no incompatibilidad entre fe y marxismo contraviniendo las encíclicas que sí consideraban esta incompatibilidad. Esta cuestión es fundamental porque una buena parte de los militantes obreros católicos militaron en organizaciones marxistas.

La doctrina social del episcopado español tenía como referente al Vaticano, pero con la clara conciencia de no contravenir los principios del régimen franquista, salvaguardando siempre los supuestos esfuerzos de éste por mejorar su política social. De ahí que siempre utilizase un lenguaje ambiguo y retórico para no cuestionar ni al sistema capitalista ni a la dictadura. No obstante, y a finales de los años cincuenta, se atrevieron a introducir el término justicia en sus declaraciones e incluso, en algunas ocasiones, a anteponerlo al de caridad, limosna o beneficencia. Si la jerarquía hacía una moderada descripción de la situación social del país, siempre acababa reconociendo los esfuerzos del régimen para mejorarla. Por otra parte, el empresariado católico español, al igual que miembros de la ACNP, fiel colaboradora del régimen y que se empeñaba en reiterar que la única doctrina del régimen era la doctrina social de la Iglesia, a la hora de admitir cualquier elemento que pudiera poner un cierto límite a su poder, como eran los jurados de empresa, no dudaron en calificar esta decisión del gobierno contraria a la Doctrina Social de la Iglesia. ¿Cinismo? ¿Doble moral? Cuando los militantes obreros cristianos ponían en práctica la teoría difundida por la jerarquía se recelaba de sus verdaderas convicciones cristianas o simplemente se les calificaba de tontos útiles manipulados por los comunistas.

Había en la jerarquía, tanto en el Vaticano como en España, un sentido muy agudizado de la autoridad eclesial que siempre se reservaba una última palabra sobre todos los aspectos de la vida en un afán de mostrar una cierta supremacía sobre la sociedad civil. Sólo era realmente legítimo aquello que tuviera su bendición. Esto lo ejemplificó bien Pío XII cuando criticó a la Declaración Universal de los Derechos Humanos promulgados por la ONU, porque no recogía aspectos fundamentales del hombre. Había también una gran reticencia a los cambios y siempre se miraba con lupa todo lo que pudiera poner en cuestión su hegemonía ideológica. El posicionamiento de la jerarquía española y catalana en la década de 1960 fue realmente complicado. En realidad asimiló poco el significado del Vaticano II y a veces mantuvo posturas respecto del socialismo y el comunismo más propias de León XIII y Pío XI que de Juan XXIII o Pablo VI. La jerarquía española estaba atrapada por su fidelidad al régimen pero, a la vez, tenía la obligación moral de manifestarse sobre los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española sin molestar en demasía al régimen. Por un lado la jerarquía, sobre todo la catalana, hacía declaraciones públicas sobre los requisitos esenciales que debía tener la Nueva Ley Sindical, basándose en la *Gaudium et Spes*, y por otra, José Solís manifestaba que eran opiniones de algunos colectivos que no afectaban a lo que se había acordado en el Congreso de Tarragona. Se vivía un tiempo de grandes contradicciones en el que las víctimas fueron los militantes obreros católicos que fueron acusados por el régimen de estar infiltrados por los comunistas y por la jerarquía de temporalismo, con el resultado final de práctica ruptura entre la jerarquía eclesiástica y los

dirigentes de estos movimientos. El poder eclesial se decantaba por hacer declaraciones de tipo moral más que social, obviando la conculcación por parte del régimen de los derechos fundamentales de los trabajadores. En el mejor de los casos, la jerarquía se atrevía a proclamar estos derechos pero se abstenía de criticar la falta de su aplicación. Se recurría más a la caridad que a la justicia y se apoyaba a los trabajadores siempre que estos respetasen la legalidad vigente.

En la década de los sesenta se empieza a percibir un ligero distanciamiento de régimen y una clara división dentro del episcopado español pero que no llegó a convertirse en ruptura. La CEASO fue crítica con la Ley Sindical y esto provocó una reacción en contra de un numeroso grupo de obispos. Este nuevo posicionamiento se caracterizó por una mayor sensibilidad hacia los problemas sociales, sobre todo de la jerarquía catalana, y un talante más abierto al diálogo con todos los grupos sin exclusiones. ¿A que fue debido este cambio? En mi opinión, este cambio se debió a la reacción de una parte del episcopado ante la presión de numerosos grupos de cristianos comprometidos con el movimiento obrero que, junto al apoyo del clero local de zonas industriales, forzó a la jerarquía para que se pronunciase ante las cada vez más evidentes contradicciones de la dictadura. Creo igualmente que hubo un cierto oportunismo social y político en el afán de la jerarquía por acercarse a los movimientos más dinámicos de la sociedad y prepararse y estar en buena posición para los tiempos que inevitablemente se veían venir. El cambio de la jerarquía catalana, aunque con limitaciones respecto a su posicionamiento político, fue valorado hasta por Alfonso Comín que resaltó su talante dialogante y su mayor claridad y firmeza a la hora de criticar al capitalismo, aunque sin dejar de lado su equidistancia entre socialismo y capitalismo.

Me identifico con el concepto de militante cristiano de Salvador Carrasco que, en síntesis, se concretaría en una persona que tiene una profunda fe, convicciones ideológicas que tienen como horizonte la emancipación de la clase obrera, una serie de valores como la entrega, la generosidad o la entrega, que es paciente y que tiene una pedagogía concreta para convencer. Menos la fe, que es algo estrictamente personal que se comparte con otras personas que también la tienen, el resto de características son comunes a todos los militantes no creyentes con los que los obreros católicos compartieron la militancia en las organizaciones sociales y políticas y en los conflictos en los que participaron juntos. Al hecho de compartir unos mismos valores se unió un contexto histórico caracterizado, entre otros muchos aspectos, por la política de reconciliación de los comunistas españoles y por la sensibilidad de muchos católicos antes los problemas de injusticia social que provocaba la dictadura. La fe impulsaba a los militantes obreros cristianos hacia un compromiso temporal

y en la concreción de ese compromiso temporal adquirido a partir de su toma de conciencia de clase, convergieron con los comunistas.

La práctica cotidiana fue fundamental para superar problemas de incompatibilidades filosóficas derivadas de la condición marxista de muchas organizaciones donde militaban los activistas católicos. Para estos, el marxismo, se limitaba, fundamentalmente, a un método de análisis de la realidad que les ayudaba a entenderla y a saber como transformarla. En este aspecto, también se produce una coincidencia con la metodología más común empleada por muchos movimientos apostólicos, especialmente por la JOC y por la ACO y que, posteriormente, se convirtió en un hábito común de reflexión para muchos grupos cristianos. El *ver, jugar y actuar* era una metodología que hizo descubrir la realidad social y política a los militantes y les ayudó a profundizar en su fe. También es conveniente recordar que estar bajo la cobertura legal de la Iglesia favoreció la convergencia entre creyentes y no creyentes, que pudieran conocerse y percatarse de compartir unos mismos valores. De ahí que, desde el inicio de los movimientos apostólicos, participasen en ellos viejos cenetistas, socialistas y, posteriormente, y de una manera significativa, los comunistas.

La heterogeneidad de la militancia obrera católica fue incuestionable, no sólo por lo que respecta al compromiso temporal concreto que cada uno escogió, sino también en el hecho de vivir la fe. Unos fueron más pietistas mientras que otros salieron al mundo y se comprometieron. Para estos últimos, evangelizar no era tratar de convertir a sus compañeros no creyentes, sino ser consecuentes con su fe y dar testimonio de ella. Por eso les fue difícil guardar un equilibrio estable entre la fidelidad a la clase obrera y fidelidad a la Iglesia, sobre todo cuando su jerarquía se oponía a toda su actividad y a su forma de vivir la fe. Algunos militantes reconocen haber abandonado el movimiento porque entre la evangelización y la liberación de la clase obrera optaron por la segunda. Estos militantes fueron los primeros que abandonaron. Después vendrían otros cansados de intentar cambiar desde dentro la Iglesia institucional sin conseguir ningún resultado. A pesar de todo, los que siguieron considerándose creyentes nunca se plantearon formar otra Iglesia, en todo caso se propusieron ser otra voz de la Iglesia como Cristianos por el Socialismo pretendió.

Si la heterogeneidad fue característica del compromiso temporal concreto de los militantes obreros católicos no lo fue el hecho del compromiso en sí, porque fe y compromiso eran vividos de forma muy unida por los militantes, aunque en ocasiones se producía una cierta dualidad, una excesiva separación entre los aspectos más espirituales/religiosos y el compromiso social y político. Esta dualidad también se daba en el hecho de que era el

militante el responsable de su actuación y nunca el movimiento apostólico en si y menos aún la Iglesia institucional. El militante también tenía que vivir esa dualidad aunque recibiera el apoyo de compañeros y consiliarios. Sólo estaba comprometida la Iglesia institucional si la acción del militante tenía la bendición expresa de la jerarquía. Prueba de ello fue el documento de la Comisión Episcopal de Apostolado Secular (CEAS) en Enero de 1966, *Precisiones en torno al compromiso temporal*, que fue presentado a los consiliarios nacionales de los movimientos apostólicos. Había una indisimulada preocupación por el control y por no contrariar al régimen. En este documento se dice que se deben aprovechar al máximo los mecanismos legales establecidos por el régimen pero sin salirse de ellos. En el dilema, entre los militantes obreros católicos y el régimen, siempre se opta por el régimen. Cuando el dilema se le presentaba al militante obrero que debía optar entre la militancia apostólica o la militancia política, se prefirió la opción política abandonando el movimiento apostólico.

De todas las interpretaciones sobre lo que fue y significó el compromiso temporal, me muestro identificado con el pensamiento de Casimir Martí, en el sentido de que el compromiso temporal es equivalente a dar testimonio de la fe de acuerdo con el Evangelio. Esta manera de concebir el compromiso temporal está muy relacionada con el hecho de evangelizar de una manera determinada que podía ser y de hecho fue, un revulsivo para la Iglesia institucional. Lo que la mayoría de los militantes y consiliarios no ponía en duda era que había que estar en el mundo obrero real y concreto y participar en sus organizaciones porque si no, el movimiento obrero seguiría su historia sin la presencia de los cristianos. Como dijeron algunos militantes católicos de Comisiones Obreras a sus compañeros de los movimientos apostólicos, con o sin nosotros, el movimiento obrero seguirá su marcha y, afortunadamente, no fue así, los militantes obreros catabólicos o bien crearon nuevas organizaciones obreras o bien contribuyeron decisivamente a que otras se crearan, dando siempre un valor añadido a la idea de la unidad sindical.

Ya hecho referencia a algunos valores, pero creo que es importante reseñar aquellos en los que los militantes cristianos se identificaron plenamente y que de manera reiterada aparecen en sus testimonios. Uno de estos valores era el de la utopía, que desprendía una cierta mística revolucionaria y que establecía un fuerte vínculo entre católicos y comunistas. También es necesario resaltar el valor de la ética en el mundo sindical y político. La ayuda a los más desfavorecidos, la solidaridad no sólo con los represaliados o despedidos sino con todos aquellos que necesitaban ayuda, como parados o enfermos, fue una constante de la moral de los militantes cristianos. Nada de lo que pudiera afectar a las personas quedaba fuera del ámbito de la solidaridad. Solidaridad que no tenía que estar reñida con el

verdadero concepto de caridad cristiana, sin confundirlo con el de beneficencia. Caridad, entendida como amor hacia el prójimo que tiene necesidades.

La formación fue un elemento fundamental en todos los movimientos apostólicos obreros y, a mi juicio, una de las principales aportaciones de estos movimientos apostólicos al movimiento obrero. Era una educación integral donde se impartían conocimientos técnicos sobre sindicalismo, a la vez que se inculcaban una serie de valores que estaban enfocados a conseguir la promoción no individual, sino colectiva de la clase trabajadora. La formación, así concebida, se convertía en un instrumento de concienciación que impulsaba a los militantes al compromiso temporal. Las Escuelas de Formación delegadas del ICESB, cuyos principales artífices fueron Antonio Navarro y Juan García-Nieto, así como la Escuela Técnico Profesional del Clot, son ejemplos representativos de la gran labor que los grupos cristianos aportaron al movimiento obrero ya que, a muchos de estos cursos y charlas, acudían, no sólo militantes católicos, sino muchos otros militantes vinculados a diferentes organizaciones obreras clandestinas que, al amparo de la estructura de la Iglesia, aprovechaban la formación que allí se impartía. La formación impartida en estos grupos y escuelas, posteriormente era difundida por los militantes obreros cristianos en sus propios centros de trabajo. Se iba generando así, una nueva cultura obrera, que poco a poco, elevó el grado de conciencia de la clase trabajadora. Fue una labor callada y paciente que prosperó a medio y largo plazo.

Otra de las aportaciones de los movimientos apostólicos al movimiento obrero fue la capacidad de autocrítica de sus militantes. Con sinceridad se abordaban los comportamientos de cada militante en las revisiones de vida: se tomaba conciencia de los defectos y se trataba de poner los medios adecuados para superarlos. Revisiones de vida que se hacían en todos los niveles organizativos y que en algunas ocasiones en que estas revisiones se hicieron en sesiones conjuntas de militantes católicos sirvieron para afianzar aún más unos de los valores que con más ahínco defendieron como fueron la unidad y la cohesión de la clase obrera. Defender estos valores, pasaba más de una vez por un cambio de actitud en las personas para saber respetar y ver en las propuestas de los otros lo que de positivo había en ellas. Saber escuchar y renunciar al protagonismo, contribuye a la unión y a la cohesión, y estas fueron unas actitudes mayoritarias en los militantes cristianos. Igual se puede afirmar respecto de otros valores como la coherencia personal y honradez porque ambas son básicas para tener la confianza de los compañeros y sentirse verdaderamente libres sin ningún tipo de ataduras procedentes tanto del empresariado como de las propias organizaciones. La austeridad, el respeto, la tolerancia, la fraternidad o la amistad fueron también conductas frecuentes entre la militancia católica. Siempre se

debía tener claro que las personas estaban por encima de todo y aún en momentos conflictivos dentro de los propios movimientos o de los movimientos entre sí, como ocurrió entre la HOAC y la ACO, nunca se perdió el respeto y la tolerancia debidas.

Las relaciones entre los militantes, fuesen estos creyentes o no, estuvieron presididas, en general, por el respeto, la comprensión, la amistad y la confianza mutua y tuvieron un resultado enriquecedor para todos. Las buenas relaciones entre creyentes y no creyentes las considero también un factor que contribuyó a la unidad en el movimiento obrero, sobre todo por lo que respecta a la formación de organizaciones de tipo confesional. Nuevamente en esto tuvieron mucho que ver militantes de reconocido prestigio como Comín, García-Nieto y Borri. A estas buenas relaciones contribuyeron las actitudes por ambas partes. Los militantes creyentes iban a las organizaciones con el objetivo de participar en ellas y no para convertir a nadie a la fe católica, sin que ello significara que el hecho de ser creyente se privatizara o se ocultara. La participación de los católicos en las organizaciones obreras fue también un tema de debates y conversaciones que, en ningún caso produjeron divisiones internas en función de que se fuera o no creyente. En todo caso, lo que sí se produjo fue un alejamiento de algunos militantes obreros cristianos de la Iglesia y de los movimientos apostólicos cuando comprobaron que no podían compartir con ellos sus vivencias sindicales o políticas, no sólo por cuestiones de seguridad, sino porque sus otros compañeros de los movimientos apostólicos no estaban en el mismo grado de compromiso sindical y político y cada vez, había menos cosas que les unían, sólo la fe, y era una fe alejada de los problemas sociales, más de carácter pietista y poco comprometida.

La evolución política y religiosa de los militantes católicos obreros fue muy heterogénea y los factores de esta heterogeneidad fueron muy diversos. En el plano político la evolución fue muy similar a la del conjunto de la militancia fuera esta creyente o no. En función del contexto histórico, los militantes fueron buscando acomodo sindical y político en aquellas organizaciones que más se ajustaban a sus convicciones ideológicas y políticas y a su manera de entender y de practicar la fe. Lo que es común a la mayoría de ellos es la valoración positiva que hacen de su paso por los movimientos apostólicos obreros, incluidos los que los abandonaron prematuramente. Los que han mantenido la fe han buscado otras formas de compartirla con otros compañeros creyentes. Algunos de ellos crearon las Comunidades Cristianas Populares y, casi de forma paralela, Cristianos por el Socialismo. Un aspecto común a los activistas cristianos, abandonasen la fe o no, es el alejamiento de la Iglesia institucional y, en algunos casos, del movimiento apostólico cuando éste ya no respondía a sus necesidades como creyentes. Por otra parte se da un paralelismo entre el alejamiento y/o abandono de la fe y la mayor dedicación a la militancia sindical y política. En

ningún caso existe la intención de crear una organización, sindical o política, confesional, es más, cuando algunos tuvieron la oportunidad de formarla, optaron libremente por no hacerlo. Un factor más que contribuiría a la aportación de los católicos a la unidad del movimiento obrero español y catalán.

Cuando la jerarquía católica creó los movimientos apostólicos obreros tenía varios objetivos. En primer lugar apartar, en la medida de lo posible, a las masas trabajadoras de la influencia marxista y no dejarlas tampoco a merced de los falangistas en la CNS. Y, en segundo lugar, continuar acercándose al mundo obrero del cual seguían también bastantes alejados. Desde su propia creación, los movimientos apostólicos obreros llevaban ya el germen de lo que años más tarde dio lugar a una crisis de incalculables consecuencias tanto para los propios movimientos apostólicos obreros como para la propia Iglesia. Fue inevitable que los militantes obreros católicos se integrasen en las organizaciones obreras de oposición a la dictadura y que se produjeran las inevitables fricciones con el régimen y, más concretamente con los elementos falangistas que controlaban la CNS.

Por otra parte, los movimientos apostólicos obreros tuvieron serios problemas en sus relaciones con una jerarquía fiel al régimen que se sentía inquieta e insegura. Y no era para menos, cada declaración o posicionamiento de los movimientos apostólicos obreros, se convertía en un dilema difícil de resolver para una jerarquía que se vería sobrepasada por los movimientos apostólicos obreros que ella misma había contribuido a crear en la segunda mitad de los años cuarenta y que, a finales de los años cincuenta, quiso potenciar. En poco más de siete años se produjo un proceso de involución por parte de la jerarquía que culminó con la aprobación de unos nuevos estatutos para la AC en 1967 que significaron el descabezamiento de los movimientos. Las consecuencias fueron el abandono, la secularización, el desencanto, la diáspora y el hecho de que muchos militantes se replanteasen seriamente que significaba la fe cuando ya tenían experiencia de haber compartido, con militantes no creyentes, que significaba luchar por unos valores y principios, que, al igual que a los no creyentes, les había llevado a la cárcel. Los activistas católicos se encontraban con que, no sólo no eran defendidos por la jerarquía eclesiástica sino que ésta les acusaba de temporalismo a la vez que condecoraba al ministro José Solís.

A finales de los años sesenta se fue acabando paulatinamente la labor de suplencia que los movimientos apostólicos realizaron. El movimiento obrero, a pesar de ser duramente perseguido y reprimido, iba consolidando sus propias organizaciones y los sectores más avanzados de la Iglesia ayudaron y defendieron al movimiento obrero en su enfrentamiento con el régimen. Mientras tanto, la jerarquía española seguía empeñada en dejar clara su

autoridad y su legítimo derecho a controlar todo cuanto hicieren los feligreses. Ante esta ofensiva eclesial, los militantes cada vez más hacían encuentros conjuntos para denunciar la situación social y eclesial y buscaban nuevas formas de reunirse para vivir la fe sin necesidad de estar tutelados por la jerarquía. El ejemplo más ilustrativo de todo ello fue la creación paulatina de Comunidades Cristianas Populares, uno de colectivos más importantes herederos de los movimientos apostólicos obreros.

A consecuencia de la crisis de la Iglesia con los movimientos apostólicos, ésta perdió unos de sus activos más dinámicos y el régimen se deslegitimó aún más porque grupos cada vez más numerosos de militantes católicos lo denunciaban públicamente. Este último hecho fue también una importante aportación de los militantes cristianos al movimiento obrero que fue el que llevó el peso más duro y sacrificado de oposición a la dictadura. Durante los años setenta el acercamiento de la jerarquía a los movimientos se hace patente en la diócesis de Barcelona, pero ya no se pudo recuperar ni la fuerza ni la participación tan activa que había antes de la crisis. Ahora, los nuevos grupos que se formaron y una parte de clero local se sintieron con más libertad para continuar con sus declaraciones, organización de comités de solidaridad y sus críticas tanto a la dictadura y primer gobierno de la monarquía como a la propia jerarquía a la que le pedía dos cuestiones fundamentales: un mayor apoyo a las reivindicaciones de los trabajadores y un reconocimiento de la pluralidad de opciones políticas de los cristianos sin ningún tipo de exclusiones. Con la legalización de los partidos y sindicatos y las primeras elecciones se acabó definitivamente el papel de suplencia que los movimientos apostólicos y otros grupos cristianos hicieron durante tantos años. Los grupos cristianos debían ahora replantearse como continuar viviendo la fe y como seguir participando en la vida social del país. El contexto había cambiado y los militantes buscaron nuevas formas de organización y de participación junto con otros militantes no creyentes. En las nuevas plataformas que se crearon continuaron conviviendo unos y otros de la misma forma en como lo habían estado haciendo durante la dictadura.

La JOC, fue uno de los movimientos que más aportó al movimiento obrero. Ramon Torrella llegó a afirmar en 1963 que fue una aportación vital, una aportación de jóvenes bien formados y sensibilizados que impulsados, en gran parte por la fe, se comprometieron en las organizaciones obreras incorporando a éstas un conjunto de valores que adquirieron en la gran labor formativa que desarrolló este movimiento. A muchos de ellos les fue difícil mantener un equilibrio entre la fe y el compromiso y esta situación se agravó más en la segunda mitad de los años sesenta por dos cuestiones fundamentales: el mayor compromiso temporal y la actitud de la jerarquía. Los mismos consiliarios fueron concientes de esta situación y de ahí que su mayor preocupación en los últimos años de los sesenta y

principios de los setenta fue intentar que la fe, uno de los signos de identidad fundamentales de los militantes de la JOC no se perdiera. La práctica diaria del compromiso temporal en las organizaciones fue acabando, de manera paulatina, desde el anticomunismo visceral de los primeros tiempos hasta la colaboración e integración en unas mismas organizaciones de comunistas y católicos.

La formación que se impartía en la JOC, basada en los dos pilares fundamentales de su identidad, la fe y el compromiso temporal, así como su metodología, cuyo instrumento más emblemático fue la revisión de vida, constituyó una de las aportaciones más valiosas de este movimiento apostólico al movimiento obrero. Su estructura y su funcionamiento interno facilitaban la participación de todos sus miembros. Desde los equipos hasta las experiencias adquiridas en los encuentros de federaciones, nacionales e internacionales eran momentos donde la formación era el elemento fundamental. La pluralidad de actividades como las campañas, preparación y uso del tiempo libre, venta de almanaques, organización de bibliotecas particulares, charlas y conferencias, celebración del primero de mayo o el de la Pascua, etc., ofrecían a los jóvenes de la JOC y sus amigos y simpatizantes toda una oferta que les facilitaba una toma de conciencia social y una capacidad de relacionarse que contribuyó a la socialización de la juventud.

La oralidad fue fundamental como elemento de comunicación en las revisiones de vida y el hecho de que fuese el elemento oral el medio de comunicación que se utilizase fue muy enriquecedor porque permitía aprender a escuchar e interactuar con los demás. Este aprendizaje fue una contribución más al conjunto del movimiento obrero. Especial relevancia fue la contribución de la JOC en la lucha por la igualdad del hombre y la mujer. A pesar de que los primeros grupos femeninos de la JOC se formaron en los años cincuenta, en la década de los sesenta ya se realizaban encuentros conjuntos y, más adelante los grupos ya fueron mixtos. Esta tradición continuó en la ACO que, por principio, los equipos eran mixtos, formados básicamente por matrimonios formados por antiguos militantes jocistas. En una España donde la mujer era discriminada en todos los aspectos, el hecho de que en algunos movimientos apostólicos la igualdad entre el hombre y la mujer fuese un hecho, fue una contribución más de estos movimientos al movimiento obrero en general.

En sus inicios la JOC, despertó un cierto recelo en la diócesis de Barcelona y costó tiempo para ser admitida como tal y no JOAC que es como la jerarquía la reconocía. La JOC defendió siempre su autonomía e independencia tanto respecto a las instituciones del régimen como de la propia jerarquía. Esta firme voluntad de ser independiente fue una de las causas de la crisis de mediados de los años sesenta. Durante toda su historia siempre

dio una importancia considerable a la formación. Una formación integral plena de valores que supieron transmitir a las organizaciones obreras donde militaron. A mi juicio, una de las grandes aportaciones de la JOC al movimiento obrero fue una cantera de militantes formados y con experiencia de usos democráticos adquiridos en su militancia en la JOC. El hecho de disponer de una cierta cobertura legal y de medios de comunicación propios como era *Juventud Obrera* le permitió llegar a miles de trabajadores y hacer peticiones a los gobiernos franquistas sobre derechos fundamentales que no estuvieron exentas de tensiones entre la JOC y el régimen.

En un principio una parte de la jerarquía apoyó a la JOC, pero cuando se evidenció su grado de compromiso temporal, esta misma jerarquía no dudó en reprimirlos. Esta situación se hizo evidente a partir de 1962 con la huelgas de Asturias y continuó con la participación de los militantes en las elecciones sindicales y en los conflictos laborales. Al igual que otros militantes no creyentes, sobre ellos también cayó la represión del régimen. Hubo también divisiones internas provocadas por los diferentes grados de compromisos temporales y dentro de estos por la diversidad de organizaciones en las que participaron. Si a esta diversidad se añade el hecho de que algunos militantes no creyentes participaran en este movimiento, se puede entender la heterogeneidad de esta organización y que las causas de la crisis no sólo fueran debidas a los enfrentamientos con el régimen y la jerarquía, sino que también la ruptura se debió a causas internas. A finales de los años sesenta y principios de los setenta cada vez eran más los jóvenes que dejaban la JOC y pasaban a engrosar las filas de las organizaciones obreras ilegales. Los militantes que continuaron vivieron su militancia en el movimiento, hacia dentro de la organización, preocupados por recuperar sus signos de identidad más significativos: la fe y el compromiso temporal. Más adelante, ya en la transición, la historia servirá de lección y se buscará el equilibrio entre fe y compromiso temporal. No obstante, es necesario afirmar que de esta circunstancia ya fueron conscientes, en años anteriores, los consiliarios haciendo todo lo posible para que la fe de los militantes no se perdiera.

A diferencia de la JOC, la HOAC fue creada a instancias de la jerarquía con el objetivo inicial de *conquistar para Jesucristo* a la clase obrera y para mejorar sus condiciones de vida. Más adelante, a este objetivo inicial cabe añadir el que los propios militantes se propusieron: cambiar las estructuras del sistema capitalista y crear un hombre nuevo. Este hombre nuevo debía ser portador de valores como el amor, la justicia, la solidaridad (ejemplificada en el Buen Samaritano), fidelidad a la Iglesia, al Evangelio y a la clase obrera, la humildad, el sacrificio, la encarnación en el mundo obrero y valoración de la promoción colectiva por delante de la individual. Sus fundadores y especialmente Rovirosa, quisieron que la HOAC

fuese un movimiento que superarse al sistema capitalista y al marxismo pero, la realidad fue que su línea ideológica estaba más cerca del socialismo utópico del XIX que de la realidad de la segunda mitad del siglo XX. La realidad final, fue que una buena parte de los militantes más comprometidos acabaron formando parte de organizaciones marxistas resultado de la convivencia en los centros de trabajo con militantes de estas organizaciones. Curiosamente un movimiento apostólico que en sus orígenes, tuvo en su seno a militantes procedentes del ámbito socialista y anarquista, pasado el tiempo ahora se iban a otras organizaciones o participaban también en ellas. El hecho de compartir una misma realidad social fue clave para luchar juntos por unos mismos objetivos porque realmente se compartían valores y postulados ideológicos comunes. La fe no fue un obstáculo para unirse en pro de unos mismos fines sociales.

Lo que siempre se mantuvo fue el referente de la Doctrina Social de la Iglesia junto con una actitud crítica hacia la jerarquía en los momentos en los que se esperaba de ella un posicionamiento de apoyo y no de desconfianza y control como demostró con la promulgación de los nuevos estatutos de la Acción Católica. Sus militantes nunca quisieron romper el diálogo e hicieron esfuerzos para hacer comprender a la jerarquía que había que estar más cerca del mundo de los pobres que de los poderosos. La HOAC quería ser cada vez más autónoma y poder participar, desde su libertad e independencia., en la instituciones eclesiales, pero la jerarquía española era reacia a perder el control de todos los organismos eclesiales. Cada vez más el alejamiento se hacía evidente. Cuando, en la transición, el cardenal Jubany quiso acercarse al mundo obrero muchos grupos y movimientos cristianos veían con recelo y una cierta desconfianza este nuevo posicionamiento de la jerarquía de la diócesis de Barcelona.

La formación, al igual que la JOC, fue una de las laborales más importantes de la HOAC y una de las mayores contribuciones al movimiento obrero. Aportó militantes bien formados, con unos valores y con una capacidad organizativa que enriquecieron a las organizaciones obreras clandestinas en donde se integraron. La HOAC era un lugar de reflexión y expresión de la fe y no una plataforma de discusión política o sindical. Si su objetivo era evangelizar habían de aceptar personalmente la fe y adquirir un compromiso social y político y este compromiso lo concretaron en organizaciones del movimiento obrero. No se trataba de hacer un sindicato confesional sino de fortalecer las organizaciones ya existentes. La formación fue muy valorada por todos los militantes, tanto por los que continuaron en el movimiento, como por los que pasaron a crear otros grupos cristianos y por los que abandonaron el movimiento, la Iglesia y la fe. Los GOES, el Plan Cíclico, las Semanas

Nacionales, las publicaciones y los círculos de estudios así como los retiros u otro tipo de encuentros fueron instrumentos de formación muy eficaces.

Al igual que también pasó con la JOC, a partir de la segunda mitad de los años sesenta, pero sobre todo en los primeros años setenta, se produjo un constante abandono del movimiento por parte de muchos militantes. La crisis de los movimientos apostólicos también tuvo consecuencias negativas para la HOAC. También se produjeron crisis internas motivadas por los diferentes grados de compromiso temporal y por la diversidad de estos. Cabe recordar la reunión de los militantes de la HOAC de la diócesis de Barcelona en 1966 para preparar su participación en las elecciones de 1966. De esta reunión salieron algunos planteamiento de claro signo rupturista. Los consiliarios trabajaron para que esta heterogeneidad no se convirtiera en ruptura, pero la realidad es que algunos lo dejaron porque la HOAC ya no respondía a sus necesidades. Cada vez había más distancia entre el compromiso social y político de unos militantes respecto de otros que tenían una línea más pietista y menos comprometida.

A diferencia de los movimientos apostólicos JOC y HOAC, la ACO, era un movimiento de laicos y dirigido por laicos, lo cual no quiere decir que no hubiera consiliarios, pero en su espíritu fundacional ya estuvieron presentes estas premisas. Su identidad estaba marcada por su fidelidad Jesucristo y a la Iglesia, el compromiso temporal y una valoración extraordinaria del método de revisión de vida, considerado por algunos, como la razón de ser de la ACO. Fue más independiente y autónoma que la JOC y la HOAC, porque nació sin la mediación de la jerarquía. De hecho fue reconocida en 1967 por un arzobispo como Marcelo González Martín y en plena crisis de los movimientos apostólicos. En todo ello tuvo bastante que ver Joan Carrera que también consiguió que, en la diócesis de Barcelona, no se aplicaran los nuevos estatutos de la Acción Católica aprobados por la Conferencia Episcopal Española. La ACO fue un movimiento democrático donde todos los cargos eran por elección de los militantes y se daba una perfecta igualdad entre hombres y mujeres. De hecho, en el Comité de la ACO, órgano supremo de la dirección del movimiento, había igual número de hombres que mujeres. El que este hecho se produjera en plena dictadura tiene una gran importancia.

La revisión de vida fue la seña de identidad más característica de la ACO y base fundamental de su formación, que era complementada con todo tipo de jornadas en las que también había aportaciones teóricas de los ponentes que después eran analizadas y discutidas por los militantes. Su formación, por tanto, tiene una gran componente autodidacta muy conectada con la realidad social en la que vivían los militantes. Este

método fue el que se fue extendiendo paulatinamente a muchos grupos cristianos porque era una manera eficaz de aprender a analizar las cosas, reflexionar sobre ellas y a planificar con inteligencia lo que se debía hacer. Los militantes de la ACO compartieron valores similares a los de los otros movimientos apostólicos de los cuales destacaría uno que les preocupó de manera especial y era la unión del movimiento obrero. Para los militantes de la ACO se había de hacer todo lo posible para evitar que la clase trabajadora no permaneciese unida y de ahí su constante preocupación por ser hombres y mujeres de diálogo, de respeto, de tolerancia, de saber escuchar, de ser sensible a los más desfavorecidos como referentes fundamentales que habían de guiar la acción de las organizaciones donde militaron.

Al igual que los otros movimientos, también la ACO, a pesar de estar prácticamente implantada sólo en la diócesis de Barcelona, también sufrió las consecuencias de la crisis, de la segunda parte de la década de 1960. Esta crisis no sólo se debió al alejamiento de la jerarquía, sino también a factores internos como era la gran heterogeneidad de los equipos que hacían difícil compartir las vivencias derivadas del compromiso temporal. Se podría deducir que, en la medida que se intensifica el compromiso sindical y político, se producía un alejamiento de la Iglesia y muchos acaban abandonando la fe. Se produjo algo parecido a lo que se ha descrito a propósito de la JOC y de la HOAC. Fue de tal envergadura la crisis que, en los primeros años setenta, algunos militantes llegaron a cuestionar la propia existencia del movimiento. Creo que fue positivo que esto no ocurriera y que, aunque fuese una minoría, continuasen unidos, porque, al igual que los militantes de los otros movimientos, la ACO era el lugar donde se podía compartir la fe.

Es comprensible, que los consiliarios se preocupasen de esta cuestión, para evitar que se produjera este alejamiento y se profundizara en la fe. No fue fácil, la ACO tuvo que adaptarse a la coyuntura histórica y el contacto de muchos de sus militantes con organizaciones marxistas o influenciadas por el marxismo que, en vez de purificar su fe, se convirtió, para algunos, en un elemento perturbador que les alejó. El militante de la ACO se encontraba ignorado por jerarquía (hasta la década de los 90 no asistió un obispo a sus encuentros), perseguido por la dictadura lo mismo que sus compañeros no creyentes con los que compartía la militancia sindical y política. Si a esta situación se unía el hecho del poco compromiso social de algunos compañeros, la actitud de cansancio o de decepción de otros y el hecho de que algunos de ellos no tuviesen una fe consolidada, puede entenderse que algunos acabaran abandonando la Iglesia y la fe y se dedicaran por entero a la militancia sindical y política. Sólo permanecieron en la ACO aquellos que, a pesar de las circunstancias adversas, conservaron su fe, sin que por ello abandonasen su compromiso temporal.

Con la transición, la ACO se tuvo que replantear su razón de ser ya que, legalizadas las organizaciones sindicales y políticas, su función de cobertura se acabó y ahora su especificidad se debía centrar más en la fe sin que esto significara el abandono del compromiso con todo de tipo de organizaciones y movimientos que fueron surgiendo con la democracia. También colaboró con los Sectores de Pastoral Obrera a los que aportó toda su experiencia, cuyo ejemplo más carismático es el de Josep Sánchez Bosch que desarrolló una incansable labor militante en la comarca del Baix Llobregat.

Aunque los grupos de sacerdotes y religiosos en el mundo obrero fueran grupos minoritarios, considero imprescindible destacar su aportación cualitativa al movimiento obrero, así como la influencia que ejercieron tanto en la orden de los jesuitas como en el de muchos sacerdotes diocesanos que también formaron parte de este colectivo que compaginó su actividad pastoral con su actividad laboral y su militancia sindical y política. Los testimonios expuestos son bien representativos de todo lo que supuso esta experiencia, entre las cuales quiero resaltar su aportación a la revisión de vida, sus argumentaciones para defender su inserción en el mundo obrero y la aceptación tardía y distante de la jerarquía de los sacerdotes obreros. No fue así en el caso de los superiores jesuitas que siempre fueron respetuosos y comprensivos con las opciones que tomaron algunos de los miembros de su orden religiosa.

Fueron muy importantes las aportaciones de este colectivo de sacerdotes y religiosos en el mundo obrero en el campo ideológico, fundamentalmente respecto de los conceptos de ateísmo-creencia y explotadores y explotados. El hecho de que la jerarquía eclesiástica sólo quisiera poner el acento exclusivamente en la cuestión del ateísmo para deslegitimar el hecho de que un creyente perteneciera a una organización marxista, podía ser una manera de obviar la contradicción fundamental que es la de explotadores y explotados, que, a mi juicio, es la fundamental. Tanto los sacerdotes y religiosos en el mundo del trabajo como los militantes cristianos no tuvieron, en la práctica, contradicción entre fe y pertenencia a organizaciones marxistas. El hecho de que la jerarquía centre las contradicciones en la cuestión de la fe, es la expresión del miedo a un cambio en profundidad del sistema capitalista que, a pesar de sus declaraciones críticas, nunca puso en cuestión realmente. Una buena parte de la jerarquía de la Iglesia institucional se acostumbró a hacer declaraciones y a seguir unida a los grandes poderes económicos y políticos. Esto fue así durante la dictadura, continuó en la transición y se mantiene en la actualidad.

Como recientemente ha dicho José M^a Díaz Alegría, para que la Iglesia institucional sobreviva necesita estar unida al poder y ese es el camino que ha tomado a lo largo de los siglos. Las reflexiones de los sacerdotes obreros, como los de Misión Obrera, contribuyeron a desenmascarar esta actitud, un tanto cínica, defendida por una buena parte de la jerarquía. El coste personal de toda esta experiencia, como ocurrió con los militantes de la JOC, HOAC y ACO, fue bastante duro, muchos de los miembros de estos colectivos acabaron secularizándose, cansados ya de la poca o nula incidencia de su labor pastoral en el seno de la Iglesia institucional. Una buena parte de este colectivo sigue conservando su fe pero se siente muy alejado de la cúpula eclesial. Creo que no se puede separar la vivencia de la fe de la ideología, entendida esta como una gran opción por los más pobres y desfavorecidos. ¿Qué tenían en común Josep Mari Borri con el arzobispo Marcelo González Martín? ¿No estaba este arzobispo más cercano al Gobernador civil de Barcelona, nombrado por la dictadura franquista, que de los sacerdotes de las parroquias de Sabadell o los jesuitas de Misión Obrera? ¿Cómo se sintieron los militantes obreros que visitaron a los arzobispos en sus despachos para pedirles apoyo y solidaridad? Es cierto que hubo excepciones, pero, en general, en la memoria de estos militantes quedaron gravadas imágenes que poco tenían que ver con lo que ellos pensaban era la figura de Jesucristo.

Fue gracias a la presencia de militantes obreros cristianos en el mundo obrero, confundidos con sus compañeros en las organizaciones obreras de clase, los que dieron testimonio de una Iglesia diferente y de que la fe tenía un significado muy diferente al que mostraba la parte más visible de la Iglesia institucional. Estos militantes no se sentían auténticamente creyentes sino sentían que su comportamiento en la vida cotidiana era coherente con el Evangelio. Como que esta era su realidad, cada militante, desde un grado de compromiso diferente o desde opciones sindicales o políticas diferentes, siempre dio respuesta a la problemática de la clase obrera. Cualquier cosa menos la indiferencia y este modo de vivir la fe no fue percibido por la cúpula eclesial de la diócesis de Barcelona ni aún cuando estas vivencias eran protagonizadas por sacerdotes y religiosos fieles a la Iglesia y a su doctrina.

Las Comunidades Cristianas Populares fueron las herederas, las continuadoras de los movimientos apostólicos obreros. En estos grupos cristianos compartieron la fe y el compromiso todos aquellos militantes que, a pesar del alejamiento de la Iglesia institucional, conservaron su fe, quisieron continuar compartiéndola con sus compañeros. Eran, por tanto, grupos que conservaban una identidad y valores muy similares al de los movimientos apostólicos a los cuales habían pertenecido y que los nuevos cristianos que se añadieron posteriormente a estos grupos rápidamente asimilaban y compartieron. Fueron grupos que vivieron con mucha intensidad la fe y la opción revolucionaria. De ahí que en sus reflexiones

apareciera constantemente el significado de ser creyentes y revolucionarios a la vez. A pesar de que se respetara escrupulosamente el pluralismo respecto a la opción política concreta que se adoptara, se produjeron abandonos de aquellos que radicalizaron su postura ideológica o la de aquellos que no veían con claridad el proceso en el que estaban embarcadas las Comunidades Cristianas Populares. La aportación más importante de estos grupos cristianos, además de la de los propios militantes, fue su contribución al desbloqueo ideológico de otros creyentes que se incorporaron también a las organizaciones sindicales y políticas y participaron en las luchas sociales. El hecho de que se viviera la fe con intensidad no fue un freno a la participación sindical y política, sino todo lo contrario. La fe fue la impulsora a la intensificación de este compromiso. Un miembro de las CCP no podía concebir su fe si esta no estaba acompañada de un serio compromiso por la transformación de la sociedad.

Dejando a parte las iglesias locales que se enriquecieron con las aportaciones de las Comunidades Populares -no solo por sus reflexiones, sino por la contribución en el entorno parroquial- las CCP fracasaron en su intento de influir en la jerarquía eclesiástica. Por el contrario, las pastorales de algunas iglesias locales donde existían estas CCP se reorientaron y se aproximaron al conjunto de la feligresía. De hecho se hizo realidad lo que el padre Borri dijo en uno de los encuentros de estas CCP en el sentido de que sus miembros no debían ser marginados ni de la Iglesia ni de la revolución y habían de vivir sin ningún tipo de dualismo sus dos realidades: ser creyentes y revolucionarios. Esta fue la línea principal de reflexión de estas comunidades que demostraron que fe y marxismo eran realidades plenamente compatibles. En el curso de la reflexión que llevó a esta conclusión participó activamente Cristianos por el Socialismo, nacido en 1973 en Catalunya, producto de una coyuntura internacional política (Triunfo de la UP en Chile con la participación de cristianos), religiosa (Teología de la Liberación) y nacional, que se concreta en el hecho de que la mayor fuerza opositora a la dictadura era representada por partidos políticos de ideología marxista.

En este contexto CPS, contribuyó a normalizar la presencia de los cristianos en los partidos comunistas y a que estos cristianos fueran reconocidos como tales también por la Iglesia. Afonso Carlos Comín lo expresó con precisión en *Cristianos en el Partido, Comunistas en la Iglesia*. Tanto la condición de comunista o socialista como la de cristiano, debían darse a conocer para que, tanto los hermanos en la fe como los compañeros militantes de los partidos marxistas, fuesen conscientes de que se podía ser cristiano y marxista a un mismo tiempo sin que, en la práctica militante, se diera ningún tipo de incompatibilidad. CPS contribuyó al desbloqueo ideológico de muchos cristianos y a hacer desaparecer el

anticlericalismo característico de las organizaciones obreras catalanas y españolas. En este sentido creo que tuvo más éxito respecto a los partidos que respecto a la Iglesia institucional que nunca reconoció, explícita y claramente, la opción marxista. CPS fue crítica con la cúpula de la Iglesia católica respecto a la orientación política que debía tener el voto en las primeras elecciones democráticas de 1977. Consideraba legítimo que los obispos se pronunciasen pero sin poner limitaciones al pluralismo político de los cristianos. En el fondo, lo que pretendía la jerarquía con sus declaraciones era dar su apoyo indirecto a formaciones políticas que no pusiesen en cuestión el sistema capitalista. A pesar de sus críticas, CPS se consideró siempre parte de la Iglesia y, en este ámbito, aspiraba a ser otra voz de la Iglesia. Una Iglesia en la que se apreciara con nitidez su separación del Estado, servidora de la humanidad, impulsora de valores como la igualdad y la fraternidad, que no hubiese discriminación de la mujer o que no existiese la prohibición de publicar y enseñar a determinados teólogos. Era obvio que esta Iglesia estaba muy lejos de la que, en la práctica, era concebida por la jerarquía. Desde su creación en 1973 hasta el final de la primera transición en 1978, CPS se mantuvo fiel a su razón de ser fundacional: ser cristianos y marxistas que intentaban adaptarse a cada momento histórico sin renunciar a sus creencias y principios ideológicos.

¿Por qué participaron los militantes obreros católicos en las organizaciones del movimiento obrero? ¿Qué les impulsó al compromiso social, sindical y político? A diferencia de otras experiencias cristianas que tienen, lo que se denomina una fe vertical, en el que Dios es el referente fundamental, y la humanidad circundante ocupa un segundo lugar, existe otro tipo de cristiano que hace compatible su fe vertical y horizontal y la vive como un todo. Para muchos de estos últimos cristianos, la fe, es la vivencia que les impulsa al compromiso. No conciben la fe ni pueden sentirse verdaderos creyentes sino se preocupan de transformar la realidad social especialmente lacerante en el período franquista. La gran mayoría de los militantes afirman que la fe fue determinante en la adopción del compromiso temporal, aún en aquellos que, poco tiempo después, abandonarían la Iglesia y la fe. Para la inmensa mayoría, la fe les hacía ejercer su compromiso temporal con una importante dimensión ética.

No sólo se trataba de actuar sino que se había de actuar de una forma determinada que estuviera presidida de una ética determinada impregnada de valores como la justicia, el hecho de compartir el pan, la esperanza obrera, la sinceridad, la simplicidad, preocuparse por las personas, sobre todo de las más desfavorecidas y marginadas, ser solidario, renunciar a la promoción personal a favor de la promoción colectiva, dar importancia al valor de la amistad, saber comunicar lo que se piensa y se siente y, si se es cristiano, saber

comunicar el significado de la figura de Jesucristo, sentirse cercano a los hombres que luchan, sean o no creyentes. El compromiso temporal implica el respeto a la pluralidad de opciones y una conversión interna personal para que la opción sea adoptada con total libertad. Esta visión de lo que significaba la fe y el compromiso no era vista de la misma forma por la jerarquía de la Iglesia católica y por eso no es de extrañar que se acusara de temporalismo a los activistas comprometidos cuando comprobaron que este compromiso vulneraba las leyes del régimen franquista y, consecuentemente, creaba problemas con la dictadura.

Esta disfunción entre la vivencia de la fe de los militantes más comprometidos, con el comportamiento de la jerarquía, fue uno de los principales motivos del alejamiento de la Iglesia y del abandono de la fe de muchos militantes. Y los que no la abandonaron fue porque tuvieron la oportunidad de poder seguir compartiendo la fe con otros militantes en grupos bastante distanciados de la jerarquía a la que se ignoraba al igual que ésta les ignoraba a ellos. Se confirma, una vez más, que hay una Iglesia, pero diferentes formas de concebirla. Es necesario afirmar también que tanto los consiliarios como un grupo importante del clero local de la diócesis de Barcelona apoyaron y defendieron a los militantes católicos que habían optado por un fuerte compromiso temporal. Es importante destacar este hecho porque, el movimiento obrero estuvo arropado por estos grupos de Iglesia que, en los años de la dictadura tuvo una especial relevancia. Si el movimiento obrero no hubiese tenido este entorno se habría complicado su aparición, desarrollo y consolidación, dificultando la existencia de una fuerza social decisiva en el advenimiento de la democracia. Se estableció una complicidad entre las organizaciones obreras y la opinión pública catalana propiciando que apareciera en Catalunya una oposición articulada y firme. Para la creación de este clima fue muy importante la contribución de los militantes obreros católicos.

Sobre la cuestión de la evangelización de la clase obrera, que era uno de los objetivos de los movimientos apostólicos obreros, señalaría dos aspectos que creo sintetizan las diferentes visiones que sobre esta cuestión tenían los propios militantes y los estudiosos del tema. Para la mayoría de los militantes, la evangelización se resumía en estar presentes en las organizaciones que luchaban por transformar la sociedad sin ocultar su condición de cristianos pero sin hacer proselitismo en el sentido de *convertir* a sus compañeros no creyentes a la fe cristiana. Para Joan Costa esta posición ya es suficiente, en el sentido de que estar presentes en un proyecto que tiene como objetivo la consecución de un mundo más justo y solidario, ya es una manera de cristianizarlo, mientras que para Rafael Díaz-Salazar, si los dos pilares en los que se sustenta la militancia cristiana son el compromiso

temporal y la explicitación concreta de la figura de Jesucristo, es cierto que la evangelización se realizó a medias porque no se produjo, en el proceso de desarrollo de ese proyecto, una concreta explicitación de la figura de Jesucristo. Creo que los militantes se mantuvieron entre estas dos visiones. Todo dependió del contexto personal de cada militante, pero también es cierto que todos los grupos cristianos y movimientos apostólicos, en sus declaraciones y manifestaciones públicas siempre hicieron explicitación expresa de su condición de creyentes y de su compromiso al denunciar las injusticias o en defender aquellas cuestiones o situaciones que merecían su apoyo explícito y público.

El consiliario Bertran recomendaba la necesidad de asumir actitudes y valores de la clase obrera y algún militante llegó a confesar que gracias al hecho de compartir la lucha, su fe se fortaleció y se purificó. Parece como si el hecho de la evangelización no sólo procediera del mundo cristiano sino, que a veces, los valores que se derivaban del Evangelio, estaban muy presentes y eran ejercidos por militantes no creyentes que eran un ejemplo para los cristianos. Al margen de estas matizaciones, creo que lo importante fue la confluencia en unas mismas organizaciones de creyentes y no creyentes y que, todos juntos fortalecieran estas organizaciones sin que la cuestión religiosa fuese un obstáculo, sino un enriquecimiento para las propias organizaciones, porque los cristianos nunca tuvieron necesidad de ocultar su condición de cristianos y aprendieron a diferenciar los planos de la fe y del compromiso concreto. Para García-Nieto, los grupos cristianos son los llamados a compartir la fe y todas las vivencias de sus miembros, pero no deben confundirse con una organización sindical y política. Dicho de otra manera, un cristiano puede exponer en su grupo cristiano su vivencia sobre un conflicto que está viviendo en la fábrica donde trabaja, pero aquel no es el lugar para marcar la estrategia que hay que seguir, para eso está el sindicato o el partido. Esto sólo se aprendió con la práctica y la reflexión. En el momento de las entrevistas, la mayoría de los militantes que aún se consideraban creyentes, tenían este punto claro y probablemente este es uno de los factores que han contribuido a que sigan considerándose creyentes porque tiene un grupo donde compartir la fe y tienen sus organizaciones laicas donde compartir las estrategias a seguir con sus compañeros no creyentes.

A pesar de que algunos testimonios entienden la presencia cristiana como una opción de grupo para contrarrestar la influencia comunista, a la vez, se reafirman en su vocación unitaria y no se plantean la alternativa de formar una formación sindical confesional. En principio, creo que a este posicionamiento no se le puede calificar de anticomunista porque no se propusieron la ruptura sino fortalecer la pluralidad dentro de una formación – Comisiones Obreras- que nació con vocación unitaria. Aunque hubo militantes que criticaron

la evolución de Comisiones porque, según ellos, traicionó los principios fundacionales o se aprovechó de los militantes católicos para atraerlos a su formación política, sobre todo el PSUC, hay que decir que ninguno de los militantes entrevistados reniega de su pertenencia a Comisiones Obreras aunque si que comparten algunas de las críticas que desde otros ámbitos se le pueden hacer a esta organización obrera. Muchos de ellos tenían la firme voluntad de convertir Comisiones Obreras en una organización plural donde pudieran agruparse todas las tendencias y por ello valoraron especialmente el espíritu unitario que debía tener y conservar Comisiones.

Era ya una tradición en la cultura de los militantes obreros cristianos el luchar por la unidad y el respeto a la pluralidad en las formaciones sindicales y políticas donde participaron. Estuvieron presentes en casi todo el espectro político y, este hecho invalida cualquier intento de identificar a los cristianos con una determinada opción política. Estuvieron en la LCR, MC, MSC, FOC, PSUC, BR, u OIC, entre otras, por lo que no se puede identificar al militante obrero cristiano con ninguna opción sindical o política determinada. A mi parecer, lo más importante es que estuvieron presentes y dieron testimonio de ello. Un testimonio, que nunca ha sido menospreciado por ningún militante no creyente. Esta pluralidad sindical y política reafirma mi desacuerdo con aquellos que hacen referencia a los militantes católicos de manera genérica sin mayores matizaciones, sin tener en cuenta que cada militante creyente tiene su propia visión dentro de la organización en la que milita y que no tiene por que ser coincidente con la de otro compañero que tiene las mismas creencias religiosas o la misma fe. Considero más importante que la gran mayoría compatibilizara sin demasiados problemas su militancia sindical y política con su pertenencia a un grupo cristiano y que se sintieron orgullosos de su doble militancia. Es digno de resaltar también que para algunos militantes católicos obreros, el hecho de considerarse cristianos, les hacía sentirse obligados a dar ejemplo, no sólo en los aspectos relacionados con la militancia, sino con el comportamiento estrictamente personal. Se debía demostrar coherencia en todos los aspectos de la vida. Esta actitud de coherencia y de mantenimiento de la fe es la que explica el hecho de que muchos de los entrevistados, la inmensa mayoría, estén comprometidos en alguna organización o movimiento y mantengan su sensibilidad por los más desfavorecidos.

A partir de los testimonios analizados, se puede deducir que los militantes católicos obreros ni frenaron ni radicalizaron el movimiento obrero. Hubo posiciones en ambos sentidos, al igual que el resto de los militantes no creyentes. Lo que no faltó nunca fue espíritu crítico sincero y, en ocasiones descarnado, pero siempre argumentado y no sustancialmente diferente a las críticas que pudieran hacer otros militantes no creyentes, pero siempre

procurando ser elementos de unión que no de desunión o discordia. El ejemplo de Montesa –empresa de donde partió el núcleo fundacional de Comisiones Obreras- tiene una simbología especial por el hecho de que representa el espíritu de unidad que protagonizaron militantes creyentes y no creyentes de diferentes procedencias. Este espíritu de unión también se conservó en Pirelli y Philips, donde los militantes católicos obreros, casi monopolizaron el movimiento sindical de estas empresas. En todos los casos concretos mencionados y en otros muchos, se pone de manifiesto que el compromiso temporal de los militantes obreros cristianos favoreció su participación en el movimiento obrero y, fundamentalmente en USO y en CCOO.

Tampoco he encontrado diferencias en cuanto a su capacidad de lucha respecto de otros militantes no creyentes. Si que es cierto que todos confirman que fue la fe la que les impulsó a la lucha, pero, a pesar de las represalias de todo tipo que sufrieron, no hubo ninguno de los militantes entrevistados que abandonase la militancia como consecuencia de la represión. Todo lo contrario, su compromiso salió reforzado en la mayoría de los casos. No todos los militantes obreros católicos se iniciaron en su militancia sindical en Comisiones Obreras pero si que es cierto que los que cambiaron de organización lo hicieron, en todos los casos, hacia Comisiones Obreras. Hubo algún caso en que se inició en Comisiones y después pasó a USO, pero poco tiempo después volvió a Comisiones. En todos los casos, la justificación de esta preferencia por Comisiones Obreras, era porque Comisiones Obreras, en la práctica, se adaptaba mejor a la visión que tenían del activismo sindical.

También creo acertado destacar el papel y el talante negociador y realista de muchos de estos militantes que, sin abandonar sus principios, fueron capaces de abandonar un discurso, coherente en la teoría, pero ineficaz en la práctica. No era fácil conciliar todos estos aspectos conservando una actitud ética coherente y algunos militantes católicos fueron un ejemplo de ello. En general, hay en todos los militantes cristianos, un espíritu de entrega y de altruismo en su militancia sindical y política. Creo también que, como colectivo cristiano, nunca actuaran como tal y distinguieron los planos de la fe y de los grupos cristianos de los de las organizaciones sindicales o políticas. Esta es una prueba innegable de su espíritu unitario.

Aunque si es cierto que hay algunas formaciones donde, con el paso del tiempo confluyen más militantes, como es el caso del PSUC, la participación en este partido se produce, en la mayoría de los casos, después de su militancia en Comisiones Obreras o en otras organizaciones sindicales o políticas y casi siempre en los últimos años de la dictadura o primeros de la transición. Se puede afirmar, que el contacto de los militantes católicos con

los compañeros de trabajo de este partido, pudo influir, entre otros aspectos, a tomar la decisión de afiliarse al PSUC. Algunos testimonios demuestran que este cambio, esta evolución ideológica y política, no se produjo por oportunismo político o por ambición de un posible ascenso en su estructura organizativa, sino que formalizaban lo que de hecho ya venían ejerciendo sin ser formalmente de esta formación política.

El testimonio de los militantes citados contribuye al conocimiento de los movimientos apostólicos y al de las formaciones sindicales y políticas de las que formaron parte. También nos da las claves para saber cuales fueron las razones por las que, en un momento determinado de su vida militante, cambiaron su posición respecto a los movimientos o a la de las organizaciones donde militaban. Evolución que se dio en los dos sentidos, de formaciones más radicales a más moderadas y viceversa. La argumentación que dan sobre sus cambios de militancia se expone sin estridencias ni descalificaciones, lo cual pone de manifiesto y ratifica el respeto y la tolerancia para con las personas fueran cuales fueran sus compromisos temporales concretos.

Se puede afirmar también que tanto las opciones políticas de los militantes católicos como su evolución en este campo, no difiere significativamente de la que tuvieron el resto de militantes no creyentes. No hubo nada especial en ellos que les diferenciara de la evolución general del movimiento obrero. ¿Tuvieron algo que ver los militantes obreros cristianos en que esta evolución se produjera de la forma en que se produjo? De hecho, la práctica adquirida en el método de revisión de vida –*ver, juzgar y actuar*- creó en algunos una cultura que establecía un contacto con la realidad concreta de los trabajadores que les influiría en el alejamiento paulatino de las pequeñas formaciones políticas que proliferaron en los últimos años del franquismo y que más que formaciones políticas podían considerarse grupúsculos políticos, en la mayoría de casos, alejados de la realidad social del país. Teoría y práctica debían ir unidas y así fue y se impuso en la mayoría de militantes obreros católicos. No obstante, también hubo militantes que, inmersos en esta misma cultura, les lleva a posiciones más minoritarias y radicalizadas porque las creían más coherentes con el espíritu del Evangelio. Aquí nos encontramos en el dilema de la coherencia y la eficacia, cuyo equilibrio, en la práctica, es muy difícil de conseguir. La ética y la política deben ejercerse con esmerado equilibrio y este lo debía encontrar cada militante y de ahí la diversidad de posiciones en el ámbito sindical y político concreto.

Este contacto directo con la realidad social del país, su formación, y sus valores, les hizo hacerse acreedores de la confianza de sus compañeros que, en muchas ocasiones, eran los que les proponían que se presentasen a las elecciones sindicales. En el origen de la

participación de los activistas católicos, encontramos el impulso creado a partir de su militancia en un movimiento apostólico obrero como expresión del compromiso temporal a que es dirigido desde el apostolado católico. La participación de comunistas y católicos se produce desde el primer momento en que se encuentran en los centros de trabajo y es importante destacar el entendimiento inicial que se produjo entre unos y otros porque había un denominador común en todos ellos que se basaba en los valores de la solidaridad y en la necesidad de luchar para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Coincidieron también en la política sindical *entrista* que comportó la ocupación casi total de las instituciones sindicales del régimen. Es cierto que no todos los trabajadores estaban en esta misma línea de acción sindical, pero, al igual que el resto de los militantes, también los que procedían de los grupos cristianos participaron, mayoritariamente, de esta política, sobre todo en algunas comarcas como las del Baix Llobregat. En este aspecto, como en otros, no hay una diferencia de opciones motivadas por el hecho de ser creyentes o no, pero su aportación fue cualitativamente importante. La formación técnica y humanística de muchos técnicos y administrativos puesta al servicio de estas organizaciones fue una aportación valiosa. El ejemplo de la empresa SEAT es muy representativo.

La gran mayoría de los militantes católicos entrevistados participó en los conflictos laborales de sus respectivas empresas y se vincularon también a las luchas vecinales. Estuvieron comprometidos en los dos frentes porque tanto en uno como en otro era necesaria su participación. Como ya pasó respecto a su incorporación a las organizaciones de oposición a la dictadura, su participación en las luchas sociales y conflictos laborales estuvo motivada por un imperativo ético-religioso de compromiso y una convicción política de la necesidad de luchar contra la dictadura. Era común ver a un militante católico como Presidente de una asociación de vecinos y también como representante sindical en su empresa.

También cabe destacar la importancia que tuvieron las huelgas por solidaridad y cómo este valor de la solidaridad fue difundido entre todos los trabajadores, convirtiéndose en una de las características del comportamiento de muchos militantes, entre ellos, los trabajadores de SEAT y de otras empresas que no cejaron hasta conseguir la amnistía laboral. La readmisión de todos los despedidos se convirtió en una cuestión de principio y fue la muestra de solidaridad más representativa del valor de la solidaridad en el mundo obrero. Para lograr este fin último realizaron todo tipos de actividades en las que participaron activamente los militantes obreros cristianos. Las actividades iban desde la ayuda económica para los trabajadores despedidos, hasta los paros y manifestaciones en la calle, pasando por la organización de festivales o conciertos para recoger fondos y fomentar el espíritu de unión y solidaridad. Sin un espíritu de unidad y solidaridad, no se hubieran

podido conseguir los objetivos que se planteaba la clase obrera y, a mi juicio, estos valores de unidad y solidaridad, aunque no exclusivos de los militantes católicos, sí que fueron especialmente impulsados por ellos, durante la dictadura y la transición.

El espíritu de unidad y de solidaridad no sólo es un sentimiento, también es el producto de una reflexión, de un convencimiento profundo que se forma a medida que se practica, que se tienen conocimientos sobre la realidad y que se analizan y reflexionan. Por eso, le concedo especial importancia a los encuentros conjuntos de los movimientos apostólicos obreros que se hicieron en la segunda mitad de los años sesenta y primeros setenta. Y, para ilustrar esta valoración, quiero recordar una de estas jornadas de estudio conjuntas de militantes de la ACO, JOC y HOAC celebrada en Cornellà de Llobregat en noviembre de 1967. Esta jornada es un modelo de cómo se va construyendo una cultura que luego se transforma en actitudes como la unidad y la solidaridad. En este campo es donde los movimientos ayudaban a reflexionar, superar las crisis de la fe, descubrir los problemas, recuperar el equilibrio personal, iluminar la acción, proporcionar una cierta seguridad moral, sensibilizar para estar atentos a la realidad, dar formación humana y cristiana y formar una auténtica comunidad donde compartir la fe. Desde esta base, se puede ir al mundo y transmitir estos valores. Creo importante insistir en el convencimiento, en la *conversión*, que debe tener el militante cristiano, para ser portador de estos valores a un mundo que precisamente está falto de ellos. En estas jornadas de estudios no se trataba de ver cual era la táctica o estrategia que había que seguir para solucionar los problemas, no era el lugar para ello, pero sí para crear una base firme desde la cual, participar en las organizaciones sindicales y políticas y en los movimientos sociales.

Hay que resaltar la importancia de la presencia activa de los sectores más comprometidos de la Iglesia en algunos de los momentos más conflictivos que vivió el movimiento obrero en Barcelona. La presencia pública de sectores del clero en algunos de los juicios que se celebraron en la Magistratura del Trabajo, como la del Abad de Montserrat y la de un representante del obispado, o la apertura de la puertas de las iglesias para los trabajadores, fueron decisivas para que estos pudieran expresar públicamente sus reivindicaciones. Esta disponibilidad tuvo una trascendencia decisiva en algunos conflictos. Las iglesias de Santa María y Sant Miquel de Cornellà se abrieron en más de una ocasión para acoger a los trabajadores que estaban en conflicto. Igualmente se puede afirmar de las iglesias locales de Sabadell y Terrassa, cuyo clero, en su mayoría, siempre estuvo apoyando la lucha de los trabajadores.

Es importante destacar también el papel de alguna prensa legal que siempre que le fue posible, introducía en sus páginas información y reflexiones sobre todo aquello que estuviese relacionado con el mundo sindical. En este sentido es de destacar el papel jugado por *Cuadernos para el diálogo* dirigida por un equipo de personas vinculadas a los grupos católicos progresistas, entre los cuales es necesario destacar la figura de Joaquín Ruiz Giménez. En esta revista colaboraron, ocasionalmente, destacados dirigentes de Comisiones Obreras. Este tipo de publicaciones, como también fue el caso de *El Ciervo*, crearon un nexo de unión entre el mundo de la oposición democrática y el movimiento obrero. También es importante destacar el papel de la prensa ilegal que, elaborada y distribuida en condiciones de clandestinidad, también fue un elemento de información y concienciación de la clase obrera y en la que también participaron militantes obreros católicos.

Considero de gran valor la capacidad crítica de los militantes católicos cuando, pasado el tiempo, son capaces de analizar críticamente los conflictos donde participaron activamente. No todos conservaron la fe, pero sí que reconocen que la constancia en la lucha, algo tuvo que ver la formación y el espíritu de acción y compromiso que adquirieron cuando fueron militantes de los movimientos apostólicos obreros. También es de destacar la constancia en la lucha por conseguir, en la práctica, los derechos que se pretendían legalizar. El más importante fue el de poder celebrar asambleas en el interior de las fábricas aprovechando el tiempo del bocadillo. Los trabajadores que no estaban en primera línea en la organización de lucha también fueron importantes en tanto que formaron una red de apoyo a la resistencia y solidaridad. Sin esta red de apoyo, donde también había numerosos cristianos y cristianas, muchas de las actividades de difusión de la prensa ilegal o de actividades solidarias no se hubieran podido llevar a cabo. Los militantes católicos gozaban de la plena confianza de sus compañeros militantes y adjudicaban a ellos estas responsabilidades. También es cierto que sectores progresistas de la Iglesia institucional colaboraron estrechamente con los trabajadores y todo ello, formó un cuerpo de resistencia y solidaridad que, no sólo contribuyó a paliar los problemas económicos de los represaliados, sino que elevaba la moral de los militantes más combativos.

También es preciso resaltar la participación de las mujeres en los conflictos. En los movimientos apostólicos ya existía una participación femenina notable y esto también se tradujo en una participación equivalente en el movimiento obrero. En este sentido, discrepo, en cierta manera de las opiniones de Juan García-Nieto cuando afirmaba que había poca participación femenina en el Baix Llobregat. Mis datos no me llevan a esta conclusión y, sin ser mayoritarias, en algunos casos las mujeres fueron auténticas protagonistas de las luchas

obreras. También es importante poner de manifiesto la importancia en las luchas anónimas de muchas esposas, hermanas o hijas que se manifestaban o se encerraban en las iglesias para manifestar así su protesta y su solidaridad para con los detenidos o despedidos. En los testimonios de los militantes católicos aparecen nuevamente las motivaciones que les llevaron a implicarse en las luchas. Cuando describen los conflictos en los que participaron no se limitan a decir el motivo que les impulsa a ello, sino que también, algunas reuniones de equipo se convirtieron en verdaderas células activistas a partir de las cuales se planificaron acciones concretas en las empresas. El ejemplo más representativo es de las militantes de la HOAC de Sant Feliu de Llobregat.

Finalmente, se puede afirmar, que la presencia católica en los conflictos, ni los radicaliza ni los frena. Todo depende del militante concreto. No se puede establecer un criterio único que los englobe a todos. Los hubo que se posicionaron más radicalmente en algunos momentos y en otros manifestaron un talante o manera de actuar más moderada. Lo que es innegable fue que estuvieron presentes allá donde actuaba la clase obrera para conseguir sus objetivos, sin la pretensión explícita de evangelizar, pero sí de dar testimonio. En los años finales del franquismo ya estaba suficientemente demostrado, en la práctica, que el hecho de ser creyente no creaba ningún tipo de obstáculo para compartir luchas vecinales, o los mismos proyectos sindicales o políticos.

La presencia de militantes católicos obreros en los conflictos y luchas sociales y su testimonio, unido al hecho de que no privatizaran o ocultaran su condición de cristianos, contribuyó a que sus compañeros agnósticos o ateos los apreciaran, respetasen y cambiaran su concepción de la Iglesia, concebida ésta como el Pueblo Dios, y no como una institución de poder unida a los demás poderes del mundo. Sus compañeros pudieron comprobar que, aunque minoritaria, había y hay otra manera de ser Iglesia que intenta ser coherente con el Evangelio, cuyos valores, a mi juicio, traspasan el ámbito estrictamente cristiano y muchos de ellos son valores universales que unen a las personas que aspiran a la consecución de un mundo más libre, más justo, más solidario y menos desigual. Los valores que impulsaron a muchos militantes obreros cristianos a comprometerse en condiciones difíciles y muy adversas, son un patrimonio común que hay que conservar y seguir practicando en el mundo de hoy tan falto o más de justicia y libertad.

Cuando los grupos cristianos argumentaron las razones de la solidaridad en la mayoría de los casos, siempre hubo una fundamentación religiosa, es decir, alguna cita evangélica o de alguna encíclica papal o declaración de la jerarquía. Es decir, se hizo sin ocultar la condición

de cristianos y, por lo tanto, se estaba haciendo, a mi juicio, un ejercicio de lo que yo entiendo por evangelización, es decir estar presentes y junto a los que sufren, haciendo explicitación de la fe. La estructura de las declaraciones solían ajustarse a tres parámetros: las motivaciones cristianas, la descripción objetiva de los hechos y las muestras de solidaridad con los más débiles, represaliados o trabajadores en conflicto sin que por ello se descuidara hacer un llamamiento a las autoridades o poderosos (empresas) o instituciones para que colaboraran en la resolución de los conflictos. Por encima de la descalificación del opresor hay una denuncia de la injusticia y una llamada al diálogo para la resolución favorable del conflicto o de la injusticia que se denuncia.

Este valor de la solidaridad, que centra su atención en los más desfavorecidos, tiene un trasfondo cultural muy importante. En toda la formación de los movimientos y grupos cristianos hay una preocupación por la formación en valores y unos de estos valores fue la creación de una nueva cultura obrera donde la dimensión colectiva tuvo una absoluta primacía sobre la cultura individualista y competitiva que hoy es hegemónica. En este sentido me identifico con el pensamiento de Rafael Díaz-Salazar cuando advierte sobre la necesidad de no abandonar el frente cultural para combatir al capitalismo porque la cultura capitalista es la que realmente se ha mundializado y hay que contrarrestarla en este mismo campo ideológico y cultural donde el cristianismo tuvo -y tiene- tantas cosas que aportar. A mi parecer, conviene tener en cuenta esta enseñanza de la historia porque creo, junto con Díaz-Salazar, que el aspecto más negativo de la crisis de los movimientos apostólicos de mediados de los años sesenta fue la pérdida de la fe de muchos de sus militantes y de que los grupos herederos de aquellos movimientos apostólicos privatizaron en exceso la dimensión de la fe.

No creo que se trate ahora de recristianizar España como deseaba la jerarquía que dio su apoyo a la dictadura, pero tampoco de perder los valores que representaron la JOC, la HOAC, la ACO, Sacerdotes y religiosos ligados al mundo obrero, las Comunidades Cristianas Populares y Cristianos por el Socialismo. Según mi criterio, adecuándose al contexto histórico actual, habría que conservar lo sustancial del cristianismo cuyos valores, explicitados en el Evangelio, se hicieron presentes en el mundo obrero durante la dictadura gracias a los militantes obreros católicos y creo que hoy también es necesario conservar y hacerlos explícitos aunque sea a partir de una minoría de ciudadanos. Interpreto que para muchos de los militantes que he entrevistado, no para todos, lo sustancial para la adopción de su compromiso temporal fue su fe, su condición de cristianos y la militancia social, sindical o política fue coyuntural, es decir, la que cada uno descubrió en su entorno o se sintió más identificada con ella. Lo que dijo un militante obrero de la ACO en una revisión de

vida en la Iglesia de Collblanc, *hay que seguir luchando con esperanza, contra toda esperanza*, a propósito del conflicto de Roca de Gavà, es, a mi entender, la explicitación de su fe, de sus profundas convicciones cristianas. Este militante no estaba, por supuesto, sólo en este conflicto, compartió con compañeros creyentes y no creyentes todo lo que en este conflicto sucedió, pero él aportó algo al conjunto que, quizá, no se hubiera producido sino no hubiese sido cristiano.

Si se me permite hacer un símil, la aportación de los cristianos al movimiento obrero se puede representar con la de una *casteller* en la que los militantes obreros cristianos están imbricados con todos los militantes del movimiento obrero. Desde los que están en la base y los sustentan hasta lo que están en lo más alto, nadie sobra y todos son necesarios. Un viejo militante comunista, Miquel Núñez, escribía en sus memorias la importancia que tienen las personas anónimas que dieron apoyo y cobertura a los militantes liberados comunistas. Apoyo y cobertura sin la cual no hubieran podido realizar su labor de resistencia a la dictadura. De una manera similar, sin la participación de los católicos en el movimiento obrero éste no hubiera tenido la riqueza ni el empuje que tuvo en la dictadura y en la primera transición.